

que os abrasa y no hablo más. Os acompañaré hasta la puerta del flamante magnate; pero no olvidéis su nombre: el señor don Enrique Felípez de Guzmán; luego tendrá excelencia.

Llegaron en breve al palacio en que residía el secretario don Bartolomé de Legarda y en el que Valcárcel ocupaba las principales habitaciones en medio de una opulencia que, en los comienzos de su fortuna, le habría producido el mismo asombro que al Segismundo de *La vida es sueño*:

¿Yo en palacios suntuosos?

¿Yo entre telas y brocados?

¿Yo cercado de criados

tan lucidos y briosos?

¿Yo despertar de dormir

en lecho tan excelente?

¿Yo en medio de tanta gente

que me sirva de vestir?

Aunque luego acabase por familiarizarse con ella, exclamando, como el héroe de la comedia calderoniana:

Pero sea lo que fuere,

¿quién me mete en discurrir?

Dejarme quiero servir

y venga lo que viniere.

En cuanto dió su nombre fué introducido don Félix en un hermoso salón apenas alumbrado á causa de las espesas colgaduras, arambeles y tapices que en paredes y suelos mitigaban la luz que recibía por dos balcones, no muy grandes y provistos de celosías, por ser la calle estrecha y

con viviendas fronteras. Un aire tibio y perfumado por dos enormes braseros de plata y caja de caoba que había en ambos extremos de la sala, y en el que ardían sutiles aromas de Persia, formaba contraste con el húmedo y frío producido por la tenaz mollina de la calle.

Antes de que don Félix se hubiera sentado en uno de los anchos sillones repartidos por dondequiera en tan lujosa cámara, salió por una puertecilla lateral el nuevo don Enrique, y con soltura y desembarazo se encaminó hacia el leonés. No había cambiado apenas desde la última vez que le hemos visto. Parecía algo más cenceño y pálido; quizás á causa de la vida menos callejera que ahora gozaba. Su traje era rico y de buen gusto: calzón y ropilla de terciopelo doble, que llamaban entonces alto y bajo, ó de tres pelos y de color vino obscuro; la ropilla, guarnecida toda ella de martas cebellinas; jubón de felpa de nácar de Génova sin más adorno que los botones menudos con diamantitos; medias de seda gruesa y pantuflos de terciopelo y pieles como el vestido.

Acercóse, sonriendo, al Capitán, quien, algo cortado, se inclinó profundamente; pero el antes Valcárcel, tomándole cariñosamente las manos, exclamó:

—¡ Señor capitán Mansilla, qué placer tan grande me dais con vuestra visita! Un siglo hace que no veo á ninguno de mis antiguos y buenos amigos: parece que huyen de mí ahora que justamente podría mi amistad serles tal vez útil.

—Ya veis... El nuevo estado...

—Cierto; pero yo no he cerrado mi puerta á ninguno de los que en otro tiempo estrecharon mi mano. Pero estamos divagando y vos quizá tendréis algo importante que decir. Os escucho.

Refirióle don Félix todo lo ocurrido y mostróse muy disgustado el hijo del Conde-Duque, exclamando:

—Ha sido, en verdad, un bárbaro atropello que no debe quedar sin castigo. El alcaldillo habrá pensado servir así mejor á Su Majestad. Vamos á ver á mi padre.

Salió y á poco rato volvió vestido con traje menos casero y calzado con fuertes zapatos. Bajaron la espaciosa escalera y subieron al coche, que ya les aguardaba á la puerta, y se enderezó al Palacio Real.

Desde el comienzo de su privanza había el Conde de Olivares hecho preparar su vivienda en la misma de los Reyes, y con más razón luego que su mujer doña Inés de Zúñiga fué nombrada camarera mayor de la Reina.

Ocupaban un ala interior del primer piso cercana á las habitaciones regias, pero con vistas á uno de los inmensos patios, y aun tenían para el verano otros cuartos que caían al Noroeste con luces exteriores. Ocioso parecerá advertir que, dados los gustos del primer Ministro, hijo de grandes señores, estaría su casa ornada casi con igual suntuosidad y magnificencia que la de sus amos.

Porque de todas partes del mundo, los virreyes, capitanes generales, gobernadores, arzobispos y obispos, embajadores y regentes de Audiencias y Chancillerías á porfía cuidaban de enviar regios presentes al dispensador universal de todas las mercedes y beneficios. Paños y tapices, puntas y randas, libros y pinturas de Flandes; sedas y perfumes, perlas y piedras del extremo Oriente; alfombras y armas damasquinadas de Turquía; pieles costosas, lienzos y escritorios de Alemania; armaduras cinceladas y telas de oro y plata de Milán; cristalería y espejos, Venecia; terciopelos, papeles y dulces exquisitos, Génova; escriños y contadores de concha y nácar y arcas de finas pinturas, Florencia; corales, gasas, flecos y colgaduras de seda, Nápoles; especias, búcaros olorosos y muebles de gusto, Portugal y sus colonias; maderas preciosas, azúcar, tabaco, cacao, aves y cuadrúpedos extraordinarios y mil cosas raras y admirables, América; hasta el Africa le rendía tributo en sus más delicados y frescos tejidos vegetales en ébano, marfil, alimañas vivas y pieles de tigres y leones. Todo parecía poco á la insaciable concupiscencia de aquel hombre que, sin embargo, permanecía la mayor parte del año encadenado en un sillón y con plumazos bajo los pies hinchados por dolorosa podagra.

Al presentarse don Enrique en Palacio, ujieres y porteros se apresuraron á servirle y acompañarle. Llegados á un abierto corredor, díjole al Capitán:

—Mejor será que me aguardéis aquí. Mi padre está recluso hace dos días por su dolencia; además, abogaré yo con más libertad por el prisionero.

—Os habéis anticipado á mi deseo—respondió Mansilla.

Siguió adelante el de Guzmán y quedó su amigo paseando con viveza á lo largo de la crujía para ahuyentar el frío que sentía ya penetrarle. Distintamente llegaban á sus oídos los murmullos de los ordinarios asistentes á los patios, que empezaban á acudir cual moscas á los panales, y los gritos de los ujieres, porteros y mozos de estrados nombrando en alta voz á las personas á quienes se daba audiencia en las mil oficinas ó células de aquella gigantesca colmena humana.

Tardó mucho en salir don Enrique; pero, al fin, apareció con el rostro alegre y un papel en la mano, y dijo á don Félix:

—He tardado porque mi padre, que en los asuntos de Portugal desea proceder con severidad, quiso enterarse de los cargos acumulados contra vuestro amigo. Subió un Secretario del Consejo y dijo que, según las relaciones que acababan de llegar de la Sala de alcaldes, le achacaban una inveterada enemistad contra mi padre y el Gobierno; haber tenido reciente y sospechoso trato clandestino con unos emisarios portugueses que misteriosamente desaparecieron luego; poseer intereses y muchos deudos y amigos en Portugal; haberse expresado estos mismos días con eviden-

te simpatía hacia los rebeldes; haberles enviado dineros...

Iba á protestar airado el Capitán cuando le detuvo, levantando la mano, don Enrique, y añadió:

—No dudo que de todo ello logrará sincerarse. Desde luego del examen de sus papeles, ejecutado durante la noche, no aparece nada en contra suya.

Alzó la cabeza respirando fuerte don Félix, como diciendo: “¿Y qué otra cosa podría resultar?”

Continuó el joven Guzmán:

—Aquí tenéis la orden mandando soltar á ese caballero; pero señalándole su casa por cárcel y con la obligación de presentarse todos los días ante uno de los alcaldes de corte á más de las veces que los jueces quieran interrogarle; suspender toda comunicación, si la tiene, con la provincia rebelde; suspender también sus tertulias cotidianas y no asistir él á ninguna. Es todo lo que he podido conseguir.

—Y no ha sido poco —agregó el Capitán—, y quedo eternamente agradecido, pues devolvéis el padre á su atribulada hija.

—Ahora me vais á hacer la merced de serviros de mi coche para ir á la plaza de Santa Cruz y restituir el prisionero á su casa. Yo me quedo aquí, pues comeré con mi padre.

Y, sin aguardar disculpa, llamó á un ujier y le dió las órdenes para su cochero.

Bajó don Félix rápidamente las escaleras; en-

tró en la carroza, que en dos minutos le puso ante la cárcel de corte. Entregó la orden y pronto se halló entre los brazos de don Alonso. Quiso don Félix que subiese al carruaje; pero se negó, diciendo:

—A pie y entre corchetes me trajeron y á pie he de volver.

Despidió Mansilla el vehículo y juntos enderezaron sus pasos á la calle Real del Barquillo. En el trayecto fué don Félix enterando á su amigo de las restricciones y cortapisas señaladas á su libertad; oyólas con aparente calma; pero sus ojos y su respiración, lenta y ruidosa, harto declaraban su cólera latente y represada. Llegados á la casa arrojóse doña Isabel, enajenada de gozo, en brazos de su padre, y dirigió luego á Mansilla una tiernísima mirada de amor y gratitud, que el galán recogió con deleite y encerró en el fondo del alma.

1856



CAPITULO XVIII

TRIBULACIÓN

ESTE enojoso asunto de la causa política de don Alonso traía muy desazonado á don Félix, con tanta mayor razón cuanto que, habiéndose suspendido indefinidamente el viaje del Rey á causa de la rebelión portuguesa, se deshizo la organización de su acompañamiento, sobre todo el de los caballeros de las Ordenes militares. Destináronse al ejército en proyecto contra Portugal los que desearon ir á él, y se concedió licencia á los demás para hacer lo que les pareciese. Nada, pues, se oponía á su boda con doña Isabel salvo este malhadado proceso.

Soportó don Alonso los primeros días con mal domada impaciencia las vejaciones y molestias inherentes al cuidado de presentarse diariamente en la Sala de alcaldes, donde lo ordinario era ser recibido por un escribano indiferente ó por un maligno y grosero alguacil que, con amenazas y vagas reticencias sobre los traidores, al recibir su firma ponía fuera de sí al de Meneses.

Lo de no poder hablar con nadie ni hacer ni admitir visitas habíale dado un aire de sombría taciturnidad que inspiraba más que respeto temor á su hija y al propio don Félix.

Esforzábase el joven en calmar sus arrebatos y explosiones de furor, aunque no muy frecuentes, violentísimas, con la esperanza de que pronto obtendría sentencia absolutoria, porque el viejo parecía convencido de que Olivares no había de cejar en su persecución hasta verle muerto como á su padre.

Hizo reclamación de sus papeles, ya que nada había en ellos de lo que se buscaba, y le devolvieron sólo aquellos más necesarios para el gobierno de su hacienda, expresando que los otros deberían sufrir una revisión escrupulosa. Pidió que se le oyese en justicia ó se le alzase el aislamiento en que se le tenía, y le respondieron, en cuanto á lo primero, que ya llegaría ocasión de hacerlo; y por lo otro, que harto favor era dejarle en libertad según estaba.

Viendo que nada conseguía por este lado, envió una enérgica representación al Consejo de Castilla y luego una exposición al Monarca, y se le advirtió que si no cesaba en molestar á Su Majestad y altos Tribunales se adoptarían severas medidas en contra suya.

Nada de esto hizo saber ni á su hija ni á don Félix, porque, encerrado en un feroz silencio, devoraba en la soledad sus amarguras.

Privado el Capitán de asistir de continuo á la

casa vigilada con extraño rigor, desquitábase en parte viendo con más libertad á doña Isabel en el convento de Santa Catalina, adonde la joven iba casi á diario y había logrado introducir al galán para que su tía le conociese. Estos dulces coloquios templaban el ardor amoroso de Mansilla; pero bien comprendía que la situación, sobre todo para su amada, iba siendo intolerable. Procuraba ella encubrir bajo de la apacible serenidad de su rostro los disgustos y sinsabores domésticos; pero sus carnes disminuían y las rosas de sus mejillas marchitábanse de hora en hora. Don Félix no sabía qué hacer ni qué medios emplear para sustraer á la doncella de tantos pesares.

Una tarde le dijo ella que don Alonso, á pesar de la prohibición de recibir á nadie extraño en su casa, había admitido unos desconocidos, encerrándose con ellos varias veces en su gabinete hasta cerca de la madrugada; y que, atreviéndose ella á preguntarle quiénes fuesen aquellos hombres, le había contestado que eran un escribano y mercaderes prestamistas, pues debía tomar precauciones contra el tirano que les perseguía.

Transcurrieron varios días que Mansilla estuvo retenido en casa con algún achaque de que dió noticia á la dama. Por desenfadarse, aún no bien curado, bajó una tarde, acabada la comida, hacia las gradas de San Felipe con esperanza de hallar alguno de sus conocidos y perder con ellos una ó dos horas. Era á fines de año, y el día, aunque frío, sereno y tranquilo. La alegría popular,

general en tal sazón, se desbordaba en toda clase de ruidos con instrumentos de percusión, gritos y cantares. Huyendo del estrépito subió las gradas don Félix y comenzó á discurrir entre los grupos que atestaban literalmente la lonja. Convencido de que ningún amigo estaba allí iba á salir y abandonar el sitio, cuando atrajo su atención un corro en que había seis ú ocho personas de calidades diversas, aunque todas de suposición, á juzgar por su apariencia. Uno de los del grupo se expresaba con mayor vivacidad y, en voz alta, comentando los siempre tristes sucesos de Portugal, y decía:

—Tenéis razón, don Gabriel. Todos los portugueses de Madrid son unos traidores. Sabían lo que allá se preparaba ó lo urdieron acá ellos, y en el primer caso no dieron aviso al Gobierno, antes al contrario, enviaron á los otros noticias, dineros y consejos. Todo castigo será corto y leve para su maldad. Ya se lo recelan los más comprometidos que no han sido presos todavía, pues comienzan á fugarse con lo que pueden transportar. No pocos han sido presos en el camino.

—Y parece que el contagio ha cundido—añadió otro—aun entre gentes que teníamos por muy leales. Y si no ahí tenemos al grave, al incorruptible don Alonso de Meneses, que hace dos días escapó á uña de caballo á Portugal. A ése no le pudieron detener.

Oír esto don Félix y ponerse delante del que lo

decía fué todo uno. Tomándole por el brazo, le dijo con voz tremulante por la ira:

—Hidalgo, si lo sois: eso que decís es completamente falso y vais á desdeciros de ello inmediatamente.

El interpelado, al ver encima de sí los ojos fulgurantes del joven y su ademán agresivo, titubeó, acobardado, pero se atrevió á responder:

—Caballero: yo no hice más que repetir lo que todo el mundo asegura. Además, pasando ayer por delante de la casa de don Alonso vi al escribano y alguaciles que estaban haciendo inventario y embargo de sus bienes. Y... ya podíais —agregó más animado— emplear otras formas para desmentir á las gentes.

—Eso me toca á mí dilucidarlo—afirmó otro del grupo, en quien el arreo militar declaraba su ejercicio.

Y, pasando al lado de Mansilla, que permanecía como alelado, iba á lanzarle al rostro una frase injuriosa cuando fué vivamente separado por otro sujeto que, tomando á don Félix por el brazo, dijo:

—Caballeros: perdonad á este joven su arrebato. Es allegado de don Alonso; ignoraba su ausencia, pues sale ahora de una enfermedad, y es el primer día que pone los pies en la calle sin haber tenido quien le dé la noticia en más suaves modos.

Callaron é inclináronse todos como asintiendo á las palabras del capitán Rosal (pues él era),

y correspondieron al saludo que les hizo, quitándose el sombrero y diciendo á su amigo:

—Venid, don Félix.

Y se lo llevó consigo. Bajaron las escaleras y, al hallarse ya en la Puerta del Sol, exclamó Mansilla con acento de infinita amargura:

—¿Con que es cierto?

—Yo no podré afirmaros más de que así lo decían ayer todas las personas que conocían á don Alonso, que son muchas, en Palacio y en otros lugares. Hoy he ido á vuestra casa creyendo estaríais harto de saberlo; el criado me atestiguó vuestra ignorancia, advirtiéndome que os hallaría hacia esta parte. Corrí á buscaros y por dicha llegué á tiempo de evitar una desagradable contienda.

—Vamos á casa de don Alonso—dijo Mansilla.

Cuando llegaron viéronla invadida por gran muchedumbre de gentes y un escribano y alguaciles que hacían almoneda pública de todas aquellas cosas que pudieran sufrir deterioro. El día antes habíanse vendido los caballos, los perros, las aves de corral y los pájaros que para su recreo tenía doña Isabel, y en el otro les tocaba el turno á los frutos de la huerta y contenido de la despensa y bodega. Todo era pregonado en alta voz, regateado por los compradores á cuyo poder fueron pasando buenas partidas de chocolate, azúcar, conservas de Génova y de Madrid, aceite y mantecas, quesos, pernils y tocinos, escabeches, vinos, aguardientes, velas de sebo y cera,

todo aquello, en suma, que era considerado como cosa fungible capaz de consumirse y de ser sustituida por otra semejante.

Don Félix contemplaba como si estuviera soñando aquel extraño despojo. Vió en un rincón al viejo escudero silencioso é indiferente á todo lo que pasaba ante sus ojos. Acercóse y, llevándolo á un extremo del zaguán, le preguntó:

—¿No me diréis, señor Arias, lo que esto significa?

—Significa—dijo él—que mi amo se ha ausentado encargándome el cuidado de su casa. Pero dieron en decir que era un traidor que había rehuido el castigo. Vino un alcalde con escribano y alguaciles; me obligaron á abrir todos los aposentos, que sellaron después de haber hecho inventario de lo que contenían. Hoy, como veis, hacen almoneda de lo que puede dañarse; cerrarán la casa y me arrojarán á la calle.

—Pero ¿cuándo se marchó don Alonso?

—Anteayer á media noche. En un carruaje de camino y de seis mulas se metió con Ordóñez el lacayo y todo el equipaje, y guiaron hacia la Puerta de Atocha.

—¿Y su hija?

—Al anoecer la llevó al convento de que es subpriora la hermana de don Alonso. Antes despidió á todos los criados menos á mí, á quien encargó la guarda de su casa mientras no volvía. Ved qué cuenta le daré de su hacienda.

Y el viejo escudero se limpió dos lágrimas que

asomaron á sus cansados ojos con el dorso de la mano.

Viendo don Félix que nada más podía obtenerse del pobre criado salieron á la calle. Mansilla dijo á su amigo:

—Pero ¿cómo pudo conocer la justicia tan pronto que don Alonso se fugaba á Portugal? El no haber comparecido ante ella sólo hacía presumir ausencia que podía ser motivada por causa legítima.

—Esa misma reflexión me ha ocurrido —afirmó Rosal—. Quizá pueda sacarnos de dudas un escribano de provincia que frecuenta mi casa por ser pariente del difunto marido de mi hermana. Vamos á verle.

Recibiólos según correspondía á su clase y, enterado de sus deseos, contestó:

—Justamente una parte de las actuaciones sobre el asunto de don Alonso ha pasado por mi mano. Como se le vigilaba asiduamente súpose casi en el acto su partida. Un correo despachado en pos de él logró alcanzar el coche á más de doce leguas de aquí en uno de los altos que en su marcha hizo Meneses. Allí averiguó de uno de los mozos de caballos que el coche iba ajustado hasta Salamanca, y cuando quiso mostrar la orden que llevaba para que se detuviesen, sólo consiguió que don Alonso le maniatase y metiese consigo en el carruaje y que, corridas tres ó cuatro leguas, le dejase en medio del camino solo y á pie á fin de que, antes de su regreso á esta corte,

hubiesen llegado ellos al término de su viaje. Créese, sin embargo, que no fué en Salamanca, sino en otro punto de la frontera donde se habrá detenido.

Incoada la sumaria por este nuevo y grave delito, un compañero mío presentó varias escrituras por las que don Alonso había recibido de tres mercaderes de la Puerta de Guadalajara grandes sumas de dinero y cartas de crédito sobre Salamanca, Zamora, Béjar, Badajoz, Lisboa y otros pueblos, gravando é hipotecando sus bienes libres y empeñando por varios años las rentas de los vinculares. Parece, pues, evidente el propósito de desasirse de todo lo que pudiera ligarle á Castilla.

Probóse también, por declaraciones de criados y corchetes que hacían la vigilancia, haber tenido Meneses antes de la sublevación misteriosas conferencias con dos caballeros portugueses, deudos suyos, según se cree. Hase mandado practicar embargo y secuestro de sus bienes; se le ha citado por edictos para que venga á responder á los cargos de esta causa y de la anterior, y transcurrido el término y sustanciadas en rebeldía, no hay duda en que recaerá sentencia declarándole traidor é incurso en delito *lesæ majestatis*.

Espantado Mansilla corrió á la mañana siguiente al convento de Santa Catalina, pidiendo ver á doña Isabel, que se pareció acompañada de su tía. Pero ¡en qué estado! Pálida y desfallecida, sin fuerzas casi para andar, apenas si daba

idea de aquella gentil hermosura, ahora mustia y agostada por el dolor.

Compadecido don Félix, díjole con la mayor ternura:

—Quizás ignoráis, doña Isabel, la desecha borrasca que estamos padeciendo. Vuestro padre está llamado por edictos y pregones á responder en la causa que por traición se le sigue. Decidme dónde se halla; yo me ofrezco á traerle y quizá pueda salvarse.

—Lo ignoro, don Félix; si no ya os lo hubiera enviado á decir. Sólo sé que la vida aquí le era insoportable por las continuas vejaciones y atropellos que sufría, y que á vos os ocultó y á mí hasta el último día que pasó conmigo. Me trajo al convento, ordenándome permanecer en él mientras no pudiese llevarme con seguridad á su lado y á vos os diese cuenta de nuestro retiro. Es posible que haya ido á Portugal como se dice; pero no para seguir el partido rebelde, sino por huir del alcance de sus enemigos.

—De nuevo os suplico —insistió el Capitán sin prestar gran atención á lo que decía la joven—, de nuevo os suplico, doña Isabel, que si lo sabéis me digáis el lugar en que se oculta vuestro padre. Ved que de no comparecer le espera la muerte en cadalso y, lo que es peor, la deshonra é infamia perdurables, y que vos seréis siempre la hija de un traidor. Reparad bien qué porvenir es el vuestro.

—¿Creéis, don Félix, que no penetro el alcance

de todo lo que me decís? —clamó ella en medio de los más angustiosos sollozos—. ¡Desgraciada de mí! Si yo supiera en dónde está iría yo misma á buscarle y le traería ó moriría á sus pies.

Calló la desventurada joven y, viendo el Capitán ser la pura verdad lo que salía de sus labios, sólo pudo murmurar:

—¡Dios tenga piedad de nosotros! Adiós, doña Isabel, ya volveré á veros. Quedad con Dios, señora—añadió saludando á doña Ana de Meneses que, vertiendo silenciosas lágrimas, había presenciado este breve y triste coloquio.

En medio de la impaciencia y del temor transcurrieron para don Félix los días señalados para la comparecencia de don Alonso de Meneses. En cada uno de ellos creía verle llegar y disculparse. Sin embargo, cada vez eran peores las nuevas, bien que indirectas, que á él podrían referirse. Súpose que el coche en que iba no había llegado á Salamanca y se ignoraba su paradero. Dijose también que todos sus parientes portugueses eran del bando rebelde, y que por terceras personas fueron retirados los créditos suscritos en Madrid. Todas estas deplorables noticias y su tenaz rebeldía arraigaron en el ánimo de Mansilla la idea de que don Alonso, arrastrado por su odio al Conde-Duque, habíase despeñado en el último desatino y hecho traición á su Patria.

Así no le sorprendió ni casi disgustó la sentencia que, con las de otros fugados, pues Oliva-

res se daba harta prisa en limpiar de traidores el suelo español, recayó á mediados de Enero de 1641 en los mismos términos antes vaticinados por el escribano de provincia.

Había ido don Félix acostumbrando su espíritu y labrando en su corazón la idea de cortar sus amores con doña Isabel, pues nunca dió entrada en su pecho á la hipótesis de casarse con la hija de un traidor ni aun de quien amase menos que él á su tierra.

Pero, adoptada esta resolución mientras se elaboraba la sentencia de Meneses, sintió como un vacío en su alma, un aplanamiento, una tan singular tranquilidad que hasta llegó á sorprenderle en ciertos momentos cual si fuese cosa inesperada ó improbable. Su voluntad había desaparecido: ni quería ni esperaba nada.

A veces ocurríale pensar que no se trataba de su persona; que no era él, sino otro, de quien se referían sucesos y desgracias que apenas le interesaban. Tan impassible veía ya la hija de Meneses, que hasta le infundía tedio y enfado su recuerdo.

Así fué que cuando llegó el momento de notificar á la triste doncella su eterna separación, acercóse al convento sin prisa ni pesar y, con la mayor indiferencia, anunció que deseaba hablarle. Presentóse á poco la desdichada caminando como un fantasma. Tenía el rostro blanco como la albísima gorguera que ceñía su cuello. Sólo el brillo ardoroso de sus ojos ponía de manifiesto

que habitaba un alma en aquel estenuado, pero siempre gracioso cuerpo.

Al verla sintió el Capitán un dolor agudísimo dentro del pecho. Derritióse su corazón en un lago de piedad y compasión infinitas ante los infortunios de aquella víctima inculpable de los rencores y maldades de los hombres; tuvo impulsos vehementes de arrodillarse á sus pies y de rendirle alma y vida en holocausto á sus desgracias. Pero repentinamente vino á su memoria la traición de don Alonso, y de nuevo le invadió aquella inercia, aquella indiferencia extraña con que había llegado hasta allí.

No se le escondió á doña Isabel lo solemne y transcendental de la conferencia, y se mantuvo de pie, apoyada en la reja del locutorio para sostenerse; pero, sin que una lágrima, ni un sollozo, ni siquiera un suspiro, revelase la infinita aflicción de aquella desventurada criatura tan débil en apariencia y en realidad tan fuerte é incontrastable como la roca en medio de las olas enrespadas y furiosas. El dolor es un crisol en que se acendra y afina el espíritu.

Permanecieron ambos un buen trecho sin hablar, y, al fin, rompió don Félix, diciendo con voz algo enronquecida:

—Ya, doña Isabel, la desgracia se ha consumado.

—Así lo ha permitido Dios—respondió ella con voz tan débil que apenas pudo oírse, pero con el semblante dulce y resignado.

—La conducta de vuestro padre—siguió él—hace imposible la prosecución de nuestros proyectos.

—Pero ¿vos también creéis en la traición de mi padre?—exclamó Isabel con expresión de sincera sorpresa.

Hizo Mansilla un gesto con la cabeza y manos, como diciendo: “¿Qué remedio?”

Cerró ella lentamente los ojos, y luego dijo:

—Esa creencia, don Félix, es lo que más me aflige y desconsuela. Comprendo muy bien que vos no podáis ser esposo de la hija de un hombre declarado traidor á su Patria y á su Rey; pero, ¡que lo creáis!... ¡Pobre padre mío!...

—En fin, que lo crea ó no —repuso don Félix algo impresionado á su pesar con el acento de la joven—, el resultado es el mismo. Ya no volveremos á vernos... Adiós, señora.

Esbozó doña Isabel un gesto como para hablar; mas la palabra “adiós” no salió de sus labios. Fuése retirando lentamente don Félix y, al llegar á la puerta de la sala, volvióse de frente y subiendo el sombrero hasta la altura del pecho, dobló su cuerpo y salió sin decir más, á punto que doña Isabel hizo un ademán cual si intentase detenerlo.

Apartándose luego de la reja y elevando juntas sus pálidas manos y clavando su mirada en lo alto lanzó un grito sublime de angustia y desesperanza:

—¡Madre del alma! ¿Por qué no me llevaste contigo al abandonar este mundo?

Y cayó desplomada en el suelo.



CAPITULO XIX

DESENGAÑOS

HAN transcurrido varios meses. Una tarde del otoño de 1641 conversaban reunidos en una de las salas de la casa de conversación del lisiado Cornejo don Lope de Toral, don Juan de Salas, don Luis de Luna y el capitán don Pedro de Ocejo. Llevaba la voz el primero, que decía á Salas:

—Y ved, mi querido amigo, los cambios y vueltas que sufren las cosas y los hombres. No hace mucho erais vos quien, á modo de gomecillo, me adestraba en mi bisoñería por esta capital de las Españas, y hoy he de ser yo quien os informe y doctrine sobre la vida cortesana. Pero, ante todo: ¿cómo os ha ido en vuestro temporal retiro del mundo?

—No ignoráis que deseando el Conde-Duque de Olivares sacar dinero á todo trance para las guerras pendientes colocó á los grandes, á los títulos y á los hidalgos en la alternativa de servir con sus vasallos y deudos en los ejércitos ó redimirse mediante fuertes sumas destinadas á pagar

los soldados que los reemplazasen. Pero ya no son los actuales los tiempos en que cada guerrero acudía con su mesnada al primer llamamiento del príncipe. Hoy los vasallos son gente pacífica y en cierto modo independiente, que con pagar al señor su renta ó canon anual cumple. Por esta razón casi todos optaron por el segundo partido y contrajeron crecidos empeños de que han de tardar en verse libres. Tal hizo mi amo el Duque, en quien concurre, además, el inveterado descuido en la administración de sus bienes. Queriendo, pues, ahorrar y ordenar su hacienda retiróse de la corte á su viejo palacio de Medina. Por distraer su aburrimiento y utilizar mis luces contra leguleyos de montera quiso que yo le acompañase; y he aquí, amigo mío, por qué saliendo ahora de aquel limbo necesito de socoro para conocer lo sucedido hasta hoy, sobre todo á nuestro buen amigo el capitán Mansilla.

—Ya conocéis el término infeliz de sus amores.

—Supongo que los vuestros no habrán acabado así—interrumpió Salas.

Sonrióse don Lope, y prosiguió:

—El mismo día en que don Félix dijo adiós á su amada, dispuso su marcha para el ejército de Cataluña. Dilatóla empero otros dos esperando al capitán Rosal que se ofreció á acompañarle.

—¿Pues no había de ir al socorro de Portugal?

—Prefirió acudir al otro, diciendo que más irritaba su cólera y excitaba su patriotismo la increíble traición y felonía de los catalanes en-

tregándose á los franceses y proclamando señor al rey Luis XIII. Ello fué que juntos partieron y en tan mala sazón para don Félix que, habiendo asistido al asalto de Montjuich á los pocos días de llegar, era creo el 26 de Enero, cayó gravísimamente herido de un arcabuzazo al lado del arrojado é infeliz Duque de San Jorge. El capitán Rosal me dió noticia de los actos más que de valor de loca temeridad ejecutados por mi primo, que no parecía sino que buscaba la muerte que no pudo hallar en esta sangrienta jornada. En la confusión y desorden que siguieron á la desastrosa retirada del Marqués de los Vélez quedó don Félix tendido en el campo abandonado por muerto. Salvóle la piedad de dos frailes mercenarios á quienes, buscando moribundos que absolver ó heridos que remediar, llamó su atención la roja cruz de Santiago que mi primo ostentaba en el pecho. Vieron que alentaba; condujéronle á una pobre casilla de las cercanías y posteriormente fué llevado á Barcelona, donde se curó bien, aunque con gran lentitud. Logró, gracias á la astucia y solercía de su fiel criado Grajales, evadirse, y hoy le tenemos de nuevo frente á los invasores de nuestro suelo y de los viles españoles que los han acogido.

—Siempre los actos de don Félix convidan á las alabanzas. Y de doña Isabel ¿qué ha sido?

—Sigue en el convento, donde la he visitado algunas veces, pues eso me confesó que le agradaba. Aunque parecía que iba á morir de do-

lor, la fuerza de la vida y su briosa juventud le restituyeron la salud y los sanos colores. Hoy está más hermosa que nunca. Ha tenido noticias de su padre, pues en una ocasión me dijo: "Ya que escribís á vuestro primo, decidle, pues esto quizá le guste saberlo, que mi padre no ha sido nunca traidor; que ya se justificará cumplidamente, y que tal vez habrá servido tan bien á su Patria como él mismo con ser tan eminentes sus servicios." Ha vuelto á adquirir su rostro aquella dulce placidez ó más bien olímpica serenidad que eran su característica. De don Félix habla con la natural reserva, pero sin amargura ni mostrar sentimiento de su conducta. Dolióse ingenuamente al saber su herida y con igual franqueza manifestó su alegría en que se haya curado. Por su parte mi primo no me habla nunca de ella; pero tampoco me prohíbe que yo le cuente el resultado de mis visitas. Ama aún á doña Isabel, y le conozco demasiado para saber que esta pasión no saldrá jamás de su pecho y morirá con ella. Ahora tengo una buena noticia que darle, pues el Rey, enterado de sus hechos y padecimientos, ha dispuesto concederle el disfrute de una encomienda en su Orden que valdrá cerca de dos mil ducados anuales. Así me lo acaba de decir mi nuevo pariente don Enrique de Guzmán, que estima mucho á don Félix.

—¿Frecuentáis, pues, el trato y conversación con el hijo del Conde-Duque?

—Sí, tal; gracias sobre todo á una carta que

le presenté de mi ilustre deudo el Duque de Medina de las Torres, su cuñado.

—¿Cómo cuñado?—interrumpió uno que oía en silencio la plática.

—¡Claro! El Duque fué marido de la única hija del Conde de Olivares.

—¿Qué se dice del matrimonio frustrado del hijo de don Gaspar de Guzmán con la Unzueta?

—Eso mejor os lo podrá explicar el amigo Luna, aquí presente y cuyo mutismo admira.

—Sigo, en efecto, con gran curiosidad—dijo el aludido—el curso de la novela en acción que ha pergeñado y continúa desarrollando el insigne don Gaspar á expensas del que llama su hijo.

—Decid, decid—apoyó Salas.

—A duras penas hubo de lograr doña Leonor que para seguir su pleito matrimonial se le permitiese volver á la corte. Después de pasear sus lágrimas y súplicas varios meses por Tribunales, celdas y casas de señores, y después de solicitar el dictamen de jurisprudentes y teólogos sin que nadie se atreviese á romper lanzas en su favor, aunque muchos so capa le aconsejaban resistir á todo evento, allanóse repentina é inesperadamente á la demanda consintiendo en el divorcio. Hay quien explica este cambio diciendo que por consecuencia de varias entrevistas sigilosas con su medio marido hubo, á instancias suyas, de resignarse á ser combleza de quien no podía mujer legítima.

Pronunció la sentencia de nulidad don Diego

de Castejón, Gobernador del Arzobispado de Toledo, á quien en recompensa anticipada se dió la Presidencia del Consejo de Castilla. Pero como hubiesen llegado á noticia del padre los manejos ocultos y proyectos de los amantes, sólo pensó en alejar la causa principal del escándalo.

Buscóse á doña Leonor un nuevo marido que la llevase no menos que al otro mundo, y pareció un cierto don Gaspar de Castro y Velasco, abogado burgalés sin negocios y eterno pretendiente, hombre de buen linaje, pues era caballero de Santiago, pero ya bien maduro en años. Diéronle el cargo de Oidor en Indias, veinte mil pesos sobre aquellas rentas y otros proventos. Resistía doña Leonor al matrimonio fundándose en que, si bien por razón de estado había consentido en el divorcio, ella no se creía menos ligada en conciencia á don Enrique. Esforzáronse teólogos y juristas en desvarecer tan leve escrúpulo, que estaba muy lejos de padecer, encerrándose, por último, en que no se casaría si don Enrique, libremente y sin premia, no se lo mandaba. Facilitóse la entrevista y, tras una larga y conmovedora escena de ruegos y de lágrimas, salió doña Leonor llorosa y compungida, pero resignada, diciendo que hiciesen de ella lo que quisiesen. Casáronla á toda prisa; marchó con su nuevo marido para Sevilla, y á estas horas irá ya navegando ó habrá llegado á las playas americanas.

—Y ¿qué hay de la guerra de Portugal?—continuó Salas.

—El Capitán, recién venido de ella, podrá hacer información exacta—respondió Luna.

—Pocas y no felices nuevas—dijo el aludido—oiréis sobre tan funesta pérdida nacional. Ni soldados, ni cabezas, ni recursos para esta guerra ha podido allegar el Gobierno; así puede asegurarse que no existe. Combates parciales, ataques fronterizos de pueblo á pueblo; prisiones sin objeto; robos de ganados; incendios y saqueos de lugares de ambos países, que acabarán por señalar con una ancha zona despoblada y yerma los límites de uno y otro si pronto no se da fin y remate á esta salvaje destrucción y asolamiento de la tierra.

En la región meridional donde está el exiguo ejército regular todavía hay defensa contra los envalentonados lusitanos; pero en la frontera gallega, sobre todo, esta pugna de lobos carnívoros, ha llegado á extremo increíble. Ni lo más sagrado de iglesias y monasterios, ni la tierna infancia, ni la débil ancianidad, ni la femenil belleza son respetadas en las crueles incursiones mutuas de aquellas fieras humanas en que sólo reinan la matanza, el incendio, el robo y, en suma, los más bestiales y ruines apetitos.

La parte leonesa y castellana ha sufrido menos, gracias á la precaución que han tenido los pueblos limítrofes de organizar guerrillas permanentes que recorren el país y lo defienden. Obedecen estas partidas, que á veces forman como un reducido cuerpo de ejército, á un hombre ex-

traño y misterioso que, á fuerza de habilidad, paciencia y desinterés, ha logrado darles una estructura y disposición regulares. Primero se compuso su hueste de un centenar de hombres pagados por él, según dicen, que fué engrosando hasta unos ochocientos que manda en la actualidad. Como son casi todos hijos de aquella tierra y saben los caminos y veredas, tan pronto están en un lado como en otro; ya operan reunidos ó ya en ligeras y exiguas partidas. La quinta parte es de caballería, que sirve para los avisos y correos. No viven sobre el terreno castellano sino á costa del enemigo, que, á trueque de conservar su tranquilidad, les dan lo que necesitan, y están esperando la acción general y decisiva para entrar ellos también en la tierra lusitana.

He tenido ocasión de conocer á su caudillo, que llaman *el Encapuchado*, porque anda siempre cubierto de la caperuza del tabardo que lleva sobre los hombros. Unos dicen que es un fraile belicoso á quien seduce el papel de nuevo Viriato; otros, que es un caballero portugués afecto á España al ver lo bien que se gobierna con ellos, y otros, que un bandolero cuya cabeza está pregonada y espera salvarla de esta suerte. Los subordinados le conocen por el nombre de don Juan. Es hombre mayor de cincuenta años; lleva toda la barba casi blanca y parece sano y fuerte. Se cuentan de él y su hueste mil proezas y actos de sagacidad y destreza. Estuvo ligado en la conspiración en favor de España trazada por el Arzo-

bispo de Braga y el Duque de Camiña, tan vilmente descubierta y traicionada por un mal español. A mí mismo me dijo que si la conjuración no hubiese abortado habría llegado hasta Lisboa en marcha rápida á darle apoyo. Luego me recordó con lágrimas que la fracasada conjura había costado la vida á tres parientes suyos, por lo cual puede creerse sea algún portugués enemigo del Duque de Braganza.

Pero si España contase cuatro ó seis banderizos tan resueltos como el viejo *Encapuchado*, no tardaría Portugal en volver á la Corona de Castilla, mientras que por el camino que llevamos puede darse por definitivamente perdido.

Pensativos y silenciosos se quedaron los oyentes hasta que Luna, con tono sarcástico, dijo:

—Todo lo habrá de arreglar en bien de la Patria el gran Ministro que nos gobierna.

Levantáronse con esto y, antes de separarse, dijo Salas á don Lope:

—De suerte que ahora vuestras ya añejas pretensiones estarán en buen camino.

—Así lo creo—respondió Toral.

Había callado don Lope á su amigo que su aspiración estaba ya lograda. En la faltriquera tenía el nombramiento de corregidor de una rica ciudad andaluza, y llegando iba el término de entrar en posesión de tan lucido empleo.

Pero dudoso y perplejo se hallaba el de Toral sobre el modo de comunicar á Armida tal noticia, que llevaba aparejada la separación de am-

bos. No lo sentía don Lope, porque, siempre liviano y tornadizo, habíase cansado de la antigua farsanta recordando quizás aquellos versos que vedescos:

Que esto de ser marido un año arreo
aun á los azacanes empalaga:
todo lo cotidiano es mucho y feo.

Lo contrario exactamente sucedía con la bella leonesa que, enamorada cada vez más de su antiguo señor y ufana con ello, saboreaba sin ulterior pensamiento su breve porción de felicidad terrena. Así cuando el galán le dió la triste nueva fingiendo ó sintiendo un grande embarazo y aun ofreciendo renunciar el cargo, el mundo se le cayó encima. Derramó muchas y sinceras lágrimas en los tres ó cuatro días que necesitó para acostumbrar su espíritu á una separación que ya veía habría de ser eterna. Pero, resignada en su nativa condición de sierva de la gleba, sumisa y obediente, despidióse una noche de su amante con mayores extremos de amor, y á la mañana llamaba de nuevo á las puertas de las Trinitarias, que piadosamente se abrieron para ella.

Sintió por el pronto don Lope como un hueco en la vida; pero, fascinado con su flamante papel de hombre serio y útil á la República, sólo pensó en representarlo dignamente, y viéndose á tan poca costa libre de lo que ya le era ponderosa carga, buscó con ansia los afanes y sinsabores del tráfago mundano.

Contraste singular, pero fatal y constante en las cosas humanas. Don Lope tenía la felicidad en su mano y la arrojaba desdeñoso, pisoteando aquel noble corazón que sólo había latido para amarle. Don Félix perseguía con empeño la suya sin lograrla, cual si una y otra vez los poderes sobrenaturales obrasen en contra suya; y aquel pobre Julián Valcárcel, cuando creía tener asegurada la suya, veíase obligado á soltarla para satisfacer vanidades ajenas. Un prejuicio social había estorbado la dicha del primero; la tiranía del honor hacía imposible la del segundo, y el poder y el orgullo rompían y desbarataban la del último. ¡Cuán poca cosa es la voluntad del hombre en la trama y sucesos de su propia vida!





CAPITULO XX

EL HIJO DEL CONDE-DUQUE

LA línea de los Condes de Olivares pertenecía á una rama segunda de los Duques de Medinasidonia, descendientes de Guzmán el Bueno. Aun dentro de su familia no era don Gaspar de Guzmán el primogénito, por lo cual fué destinado á la carrera eclesiástica, incoando sus estudios en Salamanca, de cuya Universidad fué Rector cuando este cargo podía ser ejercido por quien no era Catedrático y le nombraban los mismos escolares.

Pero, habiendo fallecido en edad tierna su hermano mayor don Jerónimo, dejó don Gaspar las hopalandas para vestir de caballero, y como tal le vemos figurar en el célebre concurso de los que acompañaron al rey Felipe III á sus bodas, celebradas en Valencia en 1599.

El primer paso de su encumbramiento fué ser nombrado gentilhombre del Príncipe don Felipe cuando se le puso casa, y desde entonces sólo pensó en captarse la voluntad del futuro Monar-

ca, que hubo de lograr en los términos que narran las historias.

Casó muy mozo con doña Inés de Zúñiga y Velasco, su prima hermana, hija de don Gaspar de Acevedo y Zúñiga, quinto Conde de Monterey (hermano de su madre doña María de Acevedo y Zúñiga), y de doña Inés de Velasco, hija de don Iñigo Fernández de Velasco, quinto Condestable de Castilla y cuarto Duque de Frías.

Llegado á la privanza fué en 1625 creado Duque de Sanlúcar la Mayor, y desde entonces comenzó á intitularse Conde-Duque de Olivares.

De su matrimonio tuvo una hija única llamada doña María de Guzmán, para cuya colocación matrimonial recibió propuestas hasta de grandes Príncipes extranjeros, y claro es que en España pudo casarla á su voluntad. Lo natural habría sido elegir para yerno al Conde de Niebla, hijo y heredero del Duque de Medinasidonia, don Juan Manuel de Guzmán, que conservaría el apellido de familia, tan caro al de Olivares, y volvería la casa al tronco común. Pero habiendo tenido su abuelo y aun su padre grandes diferencias y pleitos con la rama principal, habían quedado ambas familias enemistadas, y Olivares soñó en levantar la suya con independencia y por encima de la primogénita.

Buscó, pues, marido para su hija en el representante de una línea obscura de los Guzmanes, retirada en León, como fué don Ramiro Núñez de Guzmán, Marqués de Toral, á quien hizo Gran

Canciller de las Indias, Sumiller de Corps, del Consejo de Estado, Duque de Medina de las Torres y encumbró en otros altos empleos. Destruyó aquel pensamiento la muerte prematura de la hija, ocurrida al dar á luz su primer vástago, una niña, que tampoco sobrevivió á la madre. Y aunque Olivares siguió dispensando favor y amparo á su yerno, á quien nombró Virrey de Nápoles, luego que el Duque contrajo en este país un ventajoso y nuevo matrimonio con doña Ana Caraffa y Aldrobandino, Princesa de Stigliano y otros muchos títulos, volvió Olivares sus ojos á la parentela más próxima.

Sólo tenía tres hermanas, que eran: doña Francisca de Guzmán y Acevedo y Zúñiga, algo mayor que él, casada con don Diego de Haro y Sotomayor, quinto Marqués del Carpio; doña Inés de Guzmán y Zúñiga, que lo estaba con don Alvaro Enriquez de Almansa, octavo Marqués de Alcañices, y doña Leonor María de Guzmán, mujer de su primo hermano don Manuel de Acevedo y Zúñiga, sexto Conde de Monterrey, que, por consiguiente, era también cuñado del Conde-Duque como hermano de su esposa.

Pero estas dos últimas no tenían sucesión, y por más que Olivares ensalzó cuanto pudo á sus cuñados, especialmente á Monterrey, que fué hombre de algún mérito, á quien hizo Trece de la Orden de Santiago, Virrey de Nápoles y luego Presidente del Consejo de Italia, convirtió todo su afecto á la familia de su hermana mayor, em-

pezando por elevar al Marqués del Carpio, modesto caballero cordobés, á los empleos de Montero y Caballerizo Mayor del Rey y Capitán de su Guardia española.

Pensó, sobre todo, en educar para heredero, no ya de todos sus bienes, honores, cargos y dignidades, sino en la privanza regia, á su único sobrino don Luis Méndez de Haro, hijo de aquel matrimonio. Le introdujo en Palacio como Gentilhombre y otros empleos íntimos al lado del Monarca, cuyo afecto logró recabar el intruso en términos que despertaron los celos del propio Olivares y la no infundada sospecha de que intentaba suplantarle en el favor del Rey don Felipe.

Entonces ya no pensó el Conde-Duque más que en destruir su propia obra, y de acuerdo con su mujer, que aborrecía á sus cuñados y sobrino, sacó del arroyo aquel hijo tanto tiempo abandonado, á quien escogió para señor de toda su casa, de la que desheredaría al ingrato deudo.

Hay quien afirma que el atrevido reconocimiento de Julián Valcárcel no fué más que un ensayo, en connivencia con Felipe IV, para ver cómo el pueblo español recibía el del real bastardo don Juan de Austria, hijo de la comedianta María Calderón, que, efectivamente, hizo el Monarca en Abril de 1642. Pero el Rey no necesitaba precedentes inadecuados teniendo el de su gran bisabuelo Carlos V al declarar hijo suyo al futuro vencedor de Lepanto, admitido como hermano por el severo Felipe II.

Fuera de esto, ¿quién soñaba en el siglo XVII en oponerse á la voluntad regia en cosas aún más graves y de mayor trascendencia? Pero no sucedió lo mismo con la audaz declaración de su favorito.

Desligado el Conde-Duque del enfadoso asunto de la Unzueta, que acabó sus días, joven aún, en América, ya no vaciló en hacer pública presentación de su retoño y buscarle nuevo y honroso casamiento que á su omnipotencia no fué cosa difícil. Eligió, pues, la hija de don Bernardino Fernández de Velasco, sexto Duque de Frías y séptimo Condestable de Castilla, y de su primera mujer doña Isabel de Guzmán, hermana del Duque de Melina de las Torres. Llamábase doña Juana de Velasco y era una jovencita de diez y siete años que ya servía como menina en la cámara de la Reina.

El Condestable andaba aquellos días en desgracia de los Reyes, y aceptó sin dificultad alianza que le daba la real benevolencia y medros personales.

Dilató algo el suceso la muerte del Infante don Fernando, hermano del Rey, ocurrida en Flandes en Noviembre de 1641; pero con fecha 15 de Enero siguiente ya pudo Olivares dirigir por medio de los Secretarios de Estado Andrés de Rozas y don Antonio Carnero á los grandes, Embajadores, Prelados y señores de título el siguiente billete:

“Señor mío: Las repetidas instancias de la

Condesa, mi mujer, con el afecto, ansia y amor ejemplar y grande de mi memoria y de otros estrechos parientes y amigos y, sobre todo, la obediencia de los Reyes (que Dios guarde) que repetidamente me lo han ordenado, me han obligado á declarar y poner en estado de casamiento con la señora doña Juana de Velasco, hija mayor del señor Condestable de Castilla, mi primo, á don Enrique Felípez de Guzmán, prenda de yerros pasados, que deseo represente dignamente la memoria de mi gran padre y disculpe mis errores y poco digna memoria. Y por cumplir con la obligación que debo á la casa de vucencia le doy cuenta desta resolución y de que cuanto hubiere en la mía estará siempre á la disposición de vucencia, á quien guarde Dios.—*Don Gaspar de Guzmán.*”

Meses antes había sacado ya Olivares á su hijo de bajo la férula de don Bartolomé de Legarda y dádole por mentor á Juan de Vega, Conde de Grajal, primer Caballerizo del Rey y primer dechado de agudos y discretos palacianos. Dióle, además, habitación en el Real Sitio del Buen Retiro, y púsole casa con gentileshombres, pajes, criados y estado de gran señor.

Apresuráronse las dos hermanas menores del Conde-Duque á reconocer y visitar á su nuevo sobrino; más á regañadientes la mayor, su marido el Marqués del Carpio y el hijo de ambos don Luis de Haro, contra quien iba urdida esta

maraña; pero que, haciendo al mal tiempo buen semblante, visitó y agasajó á su primo.

Venía el joven Enrique á Palacio á ver á su padre, que poco á poco le fué introduciendo con los Reyes, como su gentilhombre y aun con el Príncipe Baltasar Carlos, quien, á instancia de su aya la Condesa de Olivares, manifestó una gran simpatía al nuevo reconocido.

Al fin, á las cinco de la tarde del martes 21 de Enero de 1642, día de Santa Inés, elegido por la Condesa de Olivares por ser el suyo, se firmaron en Palacio las capitulaciones medio de secreto por el reciente luto de los Reyes.

A la puerta del gabinete más íntimo del Conde-Duque, ó sea el de su dormitorio, costumbre singular de la época en actos de esta clase, en una pieza en que por las noches solían formar tertulia la Condesa y otras damas, acomodáronse en ricas sillas de damasco el Conde-Duque, su mujer, el Condestable de Castilla y su hermano el Marqués del Fresno (don Luis Fernández de Velasco), y al otro extremo, en taburetes, el Protonotario de Aragón don Jerónimo de Villanueva y el célebre poeta don Francisco de Rioja, que habían de servir de testigos.

El Secretario Antonio Carnero leyó los contratos en que se estipulaba lo que el Condè-Duque daba á su hijo y la dote de su prometida. Olivares traspasaba en don Enrique sus oficios de Indias y de Aragón, que eran vendibles; otros cuatro oficios que gozaba en Sevilla; dos mil va-

sallos de que el Rey le había hecho merced en la villa de Mairena y otras de su contorno; cuatro mil ducados de renta en un juro perpetuo sobre las alcabalas de la villa de Madrid y otras mercedes; en todo más de cincuenta mil ducados anuales. El Condestable prometía para dote de su hija cuatro mil ducados de renta de que le estaba hecha merced; otros mil y quinientos ducados de pensión sobre un juro y ajuar y demás cosas pertinentes.

El novio, que se hallaba en el dormitorio de su padre oyendo lo que se leía, salió al firmar los contratos y, con respetuosa insistencia, pidió la mano al Condestable su suegro para besársela; mas éste le levantó y abrazó, tras de lo cual se volvió don Enrique á su retiro.

Levantóse entonces la Condesa-Duquesa y salió á buscar á la novia doña Juana, que estaba retraída en otra cámara, y la condujo de la mano. Alzóse de su asiento el de Olivares, anduvo cuatro pasos para recibirla y, al acercarse, dobló doña Juana la rodilla pidiendo humildemente la mano á su suegro, quien la hizo levantarse con la mayor cortesía.

Sentáronse todos de nuevo y á poco salió otra vez la Condesa y fué adonde estaban los Reyes, con quienes y con el Príncipe de Asturias volvió hasta el cuarto de este último, que era el más próximo al de la Condesa y donde los Reyes aguardaron la visita de los novios y de sus padres, que fueron á besarles la mano.

Estaban los tres sentados en sitios de terciopelo carmesí y cojines bajo de los pies. Felipe IV, que frisaba entonces en los treinta y siete años, era de mediana estatura, no muy rico de carnes, blanco y rubio. Tenía el rostro alargado y el labio inferior algo caído y más grueso que el de arriba, apenas cubierto por el escaso bigote, muy relevado hacia los ojos, el resto afeitado. La piel de su rostro y manos finas y hermosas era de una delicadeza y transparencia cristalinas tal, que dejaba claramente ver el color azulado de las venas. Lo característico de su rostro eran los ojos de un azul claro que expresaban gran dulzura y ánimo tranquilo. El conjunto de su persona era noble y majestuoso, pero impregnado de natural sencillez que inspiraban á la par simpatía y respeto.

La Reina doña Isabel, siempre hermosa, con su estatura aventajada, no exenta de carnes, pero bien distribuídas; color blanco, cara bien tallada y de curvas suaves; pelo y ojos negros, éstos muy hermosos y brillantes; hallábase en la plenitud de su vida: tenía dos años más que su regio consorte.

El príncipe Baltasar Carlos, que andaba en los trece años, parecía más á la madre que al Rey, así en el corte y figura de su rostro como en el color de su pelo y cejas. Sus maestros descubrían en él cualidades dignas del puesto que habría llegado á ocupar si la muerte no le atajase antes de cumplir los diez y ocho años.

Recibieron con agrado á los jóvenes desposados. El Rey se entretuvo con don Enrique breve rato, y la Reina le dijo:

—No sólo sois hijo de la Condesa, mas también lo habéis de ser mío.

¿Qué dirían si pudiesen oír esto los pícaros y desgarrados compañeros del antiguo Julián Valcárcel?

Despedidos de los Reyes volvieron al lugar de la firma, y la de Olivares entregó á doña Juana un aderezo de diamantes compuesto de banda, arracadas, brazaletes, clavel, santico y broche, valorado en cuatro mil setecientos ducados. A este punto salieron las Marquesas del Carpio y Alcañices y la Condesa de Monterrey á felicitar á sus sobrinos.

Acercóse luego don Enrique á su prometida y, habiendo hincado la rodilla en el suelo, presentóle en una curiosa salvilla de plata una banda de diamantes que había costado más de cuatro mil ducados, y en aquella postura galante permaneció hablando con su futura cerca de media hora.

Fueron llegando sucesivamente don Luis Méndez de Haro, que hizo muchas cortesías y fiestas á su primo; el Conde de Monterrey, que también agasajó á los esposos y trató de "excelencia" á don Enrique.

Obsequiaron los Condes á los reunidos con merienda y duró la conversación hasta las nueve, hora en que don Enrique se despidió y, acompañado de muchas personas y criados, se fué al

Buen Retiro. Unos y otros asistieron á la ceremonia con los mismos lutos que traían por la muerte del Infante Cardenal; de modo que no hubo ocasión de lucir trajes ni ricos adornos.

En los duelos rigurosos todos los empleados y adscritos á la Real Casa usaban unos capuchones de perpetuán ó bayeta negra en invierno y de seda ó tela ligera en verano que les bajaban hasta el suelo. Pasados tres meses comenzaba el alivio, en que los hombres vestían sobre las ropas unas sotanillas de las mismas clases que no pasaban de las rodillas y con mangas muy abiertas y largas que dejaban ver el interior del traje con adornos, pero aún de color obscuro. Las mujeres vestían igualmente sobre las ropas y basquiñas unos mantos largos, pero muy transparentes, que iban poco á poco recogiendo cada mes hasta que se reducían á su tamaño corriente. Los primeros días de la muerte de un Rey ó un Infante ofrecía el Palacio Real un aspecto muy extraño, como de convento, pues no otra cosa que frailes semejaban criados y oficiales de Secretarías con sus largos y negros hábitos.

Al siguiente día escribió el Condestable á sus deudos y amigos este papel: "Señor mío: Juana, mi hija mayor, se casa con don Enrique Felípez de Guzmán; vucencia se huelgue conmigo, como es razón. Guárdeme Dios á vucencia muchos años.—*El Condestable.*"

Todos celebraron aparentemente el suceso, menos la hermana de don Bernardino doña Maria-

na de Velasco, casada con el entonces Marqués de Villanueva del Río, hijo del Duque de Alba, que le escribió desde Sevilla diciéndole que para casamientos de tal clase hubiera bastado con el que el propio Condestable había contraído con la hija del Marqués de Toral.

Y el mismo día fueron á visitar al nuevo magnate los Consejeros, Embajadores, Cardenales, Grandes de España y títulos de Castilla, esto por la mañana; y á mediodía, en unión de todos ellos con veinticuatro coches que se juntaron, vino á Palacio á saludar á su padre. Por la tarde, y acompañado de otros muchos señores que se quedaban en las antecámaras, devolvió sus visitas al Presidente de Castilla, á su suegro, á sus tías y á otras personas muy señaladas. En adelante tuvo siempre á su mesa gran número de convidados.

Por la noche iba al cuarto de la Condesa y cenaba con ella en un bufete bajo, sentado *more turquesco* en unas almohadas, y antes y después hacía la corte á su dama. Don Enrique comenzó, desde luego, á usar el título de Marqués de Mairena.

Llovieron sobre los novios felicitaciones y regalos. El Cardenal Borja envió á doña Juana como obsequio de Pascuas cuatro cargas de dulces, dos de batatas y limones; muchos pares de perdices, pavos y capones; una cesta de cuero de ámbar grande guarnecida de plata y dentro de ella una beca, una calderilla de plata dorada con unos óvalos dorados por dentro y unas se-

ras guarnecidas de oro con esmalte blanco; un estuche y cajuela de porcelana y otras joyas semejantes.

La ciudad de Sevilla dispuso que viniesen á dar la enhorabuena al hijo de Olivares tres caballeros veinticuatro y un jurado. Salió don Enrique á recibirlos á un cuarto de legua en unión del Conde de Grajal y entraron en el mismo coche. Visitaron también al Conde-Duque, á la novia y al Condestable, siendo muy agasajados de todos.

Los reinos, Indias y virreinos les ofrecieron regalos de precio, descollando entre todos el Duque de Medina de las Torres, Virrey de Nápoles, que envió á sus cuñados: una colgadura de brocado para las paredes, riquísima con su dosel; una alfombra turca con veinticuatro almohadas de brocado igual á la colgadura; una cama, es decir, los paños de ella, de brocado, con las cenefas bordadas de oro relevado; una banda de vara y media de largo y de cuatro dedos de ancho, toda de diamantes, valuada en diez y siete mil ducados; una carroza de cuatro mulas y una litera con dos machos; las telas de la carroza y litera eran de oro; seis caballos napolitanos; dos hacaneas y dos mulas de lujo. Algunos hacían subir el valor del regalo del Duque á quinientos cincuenta mil ducados. Grandes serían las riquezas de la Princesa de Stigliano ó mucho daba de sí el virreinato de Nápoles.

Entablóse la dispensa de parentesco en Roma, que el Papa dilató varios meses deseando cono-

cer antes el pleito de divorcio con doña Leonor de Unzueta. En el intermedio salieron multitud de papeles satíricos contra este suceso que probaron lo profundo del odio que se había ido acumulando sobre el favorito. En el palacio de Frías apareció este pasquín: "Soy la casa de Velasco, que de nada hago asco." En las mismas paredes del Real Palacio se puso este otro cartel: "En esta casa se crían doncellas para niños expósitos."

En el Mentidero de San Felipe el Real corrían y se leían públicamente versos como éstos:

Gran Filipo, rey de España:
un Julián ha prohijado
por hijo de su pecado
el Conde que te acompaña.
Mira, señor, que te engaña;
y si no le das castigo
á tan cruel enemigo,
presto tus reinos verán
los ejemplos de Julián,
y tú los de don Rodrigo.

En otras poesías dábase á entender que el mismo Olivares enderezaba un memorial al Rey, diciéndole:

Vuestra majestad despache
á mi hijo don Julián,
que hoy es el mayor Guzmán
si ayer lo fué de Alfarache.
Y porque el mundo no tache
este hijo aparecido,
de San Plácido ha salido;
que sólo pudo el demonio

deshacer un matrimonio
y hacer un hijo fingido.

Otras veces se presentaba la sátira bajo la forma de un *Enigma*, diciendo el propio don Enrique:

Hijo de daifa (1) naci
y como á tal me criaron;
no sé si me bautizaron,
que me confirmaron sí.
Toda la bribia aprendí;
de gran salto me escapé;
caséme, me descasé
y ya me vuelvo á casar;
estoy en alto lugar,
no sé en lo que pararé.

En una composición, que no se quedó sola, adoptábase un tono de predicción y sombría amenaza, diciendo al Conde-Duque:

Francia os daba el parabién,
el Papa su bendición,
Portugal la colación,
Holanda, *holanda* también.
Casad á Enrique muy bien;
que mientras vos por la villa
la danza y la taravilla
á la boda prevenís,
podrá ser que un rey Luis
se despose con Castilla.

Y á veces la amenaza va enderezada al mismo Rey en estos términos:

(1) Esta palabra es más fuerte en el original.

Advertid al Conde-Duque
que por alcaide le toca
socorrer Fuenterrabía,
si no que vuelva la copa...
Julianillo el jacarero,
es fuerza que la socorra,
el casado por ventura
descasado por Tramoya...

Por casar Enrico octavo
y vivir con mujer otra
se introdujo la herejía
que la Gran Bretaña llora.
A Enrique le han confirmado;
hartas desdichas le informan
nombres de Enrique y Julián:
¡cuenta, Rey, con las historias!

Corrían de mano en mano estos y otros muchos versos; tomábanse de memoria; copiábanse multitud de veces, y al siguiente día de divulgados recitábanse en centenares de casas de la corte y se enviaban con las gacetas y avisos á todos los rincones de la Monarquía.

Pero el Conde fingía ó en realidad despreciaba tales sátiras y libelos, y proseguía acumulando nuevos empleos y honores en el hijo, firme en su propósito de encumbrarle sobre todos.

Resuelto Felipe IV á acudir en persona al teatro de la guerra civil y nacional que ardía en Cataluña, se pensó en que llevase, á más del acompañamiento militar consiguiente, buen número de soldados escogidos que unir á los que ya luchaban en aquella provincia contra franceses y cata-

lanes. Levantóse una coronelía á estilo flamenco, que se llamó del Príncipe por adjudicársele el mando, bien que honorario, y había de constar de quince compañías, aunque no se pudieron formar todas.

Debajo de su bandera alistáronse muchedumbre de soldados veteranos, oficiales reformados y tornilleros de Flandes é Italia, porque el sueldo era grande y pagado de presente. El teniente de la coronelía, también honorario, sería el Conde-Duque; los capitanes deberían tener el grado de maestros de campo; el de sargentos mayores los alféreces, y serían sus sargentos verdaderos capitanes; en fin, una organización parecida á la actual de la Guardia de Alabarderos. El mando efectivo lo tendría don Luis Ponce de León, ilustre y acreditado militar, hermano del Duque de Arcos.

Una de las compañías se puso á las órdenes de don Enrique de Guzmán, y fué la más lucida por conceder mayores pagas. Ya pudo dar muestra de ella ante el Rey á principios de Abril, presentándose muy bizarro de galas y plumas y saludando al Monarca con el flamear de las banderas y el fragoroso estrépito de gran número de trompetas, cajas y atabales.

Con este magnífico aparato galanteaba igualmente á su dama cada vez que, en compañía de la Condesa de Olivares y aunque fuese en el séquito de los Reyes, salía doña Juana de Velasco, caracoleando don Enrique al costado de su carroza.

En el Buen Retiro tenía mesa franca día y noche, y á ella asistían de continuo los jóvenes más conspicuos por la sangre y también por sus abiertas costumbres, como eran los hijos del Marqués de Velada, los Marqueses de San Román y de Salinas, el hijo del Marqués de Orani, el Almirante de Aragón, el Marqués de Almenara y otros muchos.

El día 26 de Abrii, á media tarde, salió, al fin, el Rey de Madrid con numeroso acompañamiento de Grandes, de títulos, Secretarios y cuatro escogidas compañías de caballos que para su guarda se habían sacado de las tropas de la coronelia del Príncipe. Eran capitanes de ellas los Duques de Veragua, de Arschot y de Villahermosa y el Conde-Duque, gobernando por él el Conde de Oropesa. Detúvose en Aranjuez, donde veinte días más tarde fué á reunírsele Olivares con los demás Ministros, y continuaron el camino de Aragón con más espacio del que pedía el estado de las cosas. Presentimientos ó temores obligaron al Conde-Duque á otorgar días antes de su salida el testamento en que favorecía á su hijo todo lo que vió serle posible. Acompañóle don Enrique hasta Uclés solamente, porque habiendo llegado, al fin, la ansiada dispensa, tornóse á Madrid, pero sin el padre, que siguió con el Monarca.

El miércoles 28 de Mayo verificóse, como de secreto, el matrimonio de don Enrique en el oratorio de Palacio y por mano del Patriarca de las Indias. Fueron padrinos la Reina y el Príncipe de

Asturias. La novia comió aquel día con la madrina y el novio con el Marqués de Santa Cruz, jefe de Palacio, y con otros muchos señores. Diéronles catorce platos de carne, catorce de huevos, catorce de pescado y catorce de postres, con lo que puede suponerse no habrán pasado necesidad.

La Reina les regaló la cama en que había dado á luz al Príncipe; valía el mueble unos veinte mil ducados. Llegada la noche la Condesa de Olivares, que en todo hacía veces de madre verdadera con don Enrique, condujo á la novia en silla de manos y con numeroso séquito de damas, señores y de criados con antorchas á la casa destinada á los nuevos esposos, que era la del Conde de Chinchón, á la entrada de la calle del Barquillo, un caserón grande de un solo piso, derribada en estos años pasados. En ella les esperaba ya don Enrique, y allí residieron los días de su luna de miel, que no duró más de una verdadera luna. Porque, ultimada ya la formación de las compañías de la nobleza, una en pos de otra fueron marchando á la guerra. El 29 de Junio lo hizo la postrera, la de don Enrique, á quien, como novio, se quiso guardar este respeto.

Salió con lucimiento y grandeza extraordinarios, llevando consigo unos doscientos hombres, casi todos soldados viejos; bien prevenido de dineros, con seis carros de vellón, dos de plata, tres carrozas de mulas y dos carros de campaña. En la iglesia de Atocha se hallaban la Reina y el Prín-

cipe; allí le despidieron, y aquella misma noche volvió á Palacio la joven doña Juana al lado de su suegra la Condesa de Olivares.

Alcanzó don Enrique á la real comitiva en la ciudad de Molina, donde entró en los primeros días de Julio. El Rey vió y examinó despacio tan lucida compañía, compuesta de arcabuceros, mosqueteros y piqueros, y en la noche del 10 juró don Enrique el cargo de Gentilhombre de la Cámara, marchando luego con su gente á Daroca, que se negó á darles entrada, con fundamento en su privilegio de no admitir soldados. Hizolo, sin embargo, á instancias del Protonotario.

Estando en Molina fué cuando dispararon intencional ó casualmente un arcabuzazo al carruaje del Conde-Duque. Dió la bala en la testera del coche, arrancando gruesas astillas, que hirieron al Secretario don Antonio Carnero, que iba en él y al enano llamado *el Primo* que, con un abanico, daba aire al de Olivares. Prendióse á la fila de soldados que más cerca se hallaba, pero nada pudo averiguarse.

El domingo 27 de Julio entró el Rey en Zaragoza con grande séquito y lujoso aparato. Salieron á recibirle más de cien coches de caballeros aragoneses, y en esta capital permaneció varios meses esperando el suceso de sus armas frente á las franco-catalanas.

También aquí obtuvo nuevos honores y dignidades don Enrique de Guzmán. Ya en 28 de Marzo le había el Rey hecho merced de la encomien-

da mayor de Alcañiz en la Orden de Calatrava, y á su esposa doña Juana de Velasco los frutos de la de Villanueva de la Fuente en la de Santiago, que ambas valían más de diez mil ducados de renta. Envióse prontamente á Roma por la dispensa de la irregularidad del agraciado en el siguiente despacho real á nuestro Embajador cerca del Papa:

“EL REY.—Marqués de los Vélez, mi primo, Embajador en Roma. Sabed que á don Enrique Felípez de Guzmán, hijo del Conde de Olivares, Duque de Sanlúcar la Mayor, he hecho merced del hábito de la Orden de Calatrava, no embarcante que no sea habido de legítimo matrimonio. Y porque conforme á las *Definiciones* della es necesaria dispensación de Su Santidad para poderle tener, supliendo este defecto, os mando que, en recibiendo esta carta se la pidáis en mi nombre y que sea en la forma más favorable que se pueda, y el breve que se expidiere me lo remitáis á manos de Jerónimo de Lezama, mi Secretario y de las Ordenes, que en ello me servireis. De Madrid á 29 de Marzo de 1642.—Yo EL REY.—Por mandado del Rey nro. Señor: *Gerónimo de Lezama.*”

Y á la vez al encargado especial que ante la misma corte teníamos se envió este otro despacho:

“EL REY.—Don Juan Chumacero y Carrillo, de mi Consejo y Cámara, que á cosas de mi servicio asistís en Roma. Sabed: que teniendo consideración á ios muchos y buenos servicios de

don Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares, Duque de Sanlúcar la Mayor, he hecho merced á don Enrique Felípez de Guzmán, su hijo, de la encomienda mayor de Alcañiz en la Orden de Calatrava, que está vaca por muerte del Conde de Sástago, con calidad de que si él muriese antes que doña Juana de Velasco, hija del Condestable de Castilla (dama de la serenísima Reyna doña Isabel, mi muy cara y muy amada mujer) con quien está concertado de casar, sea ella la heredera de la referida encomienda." En lo demás, como el anterior, y su fecha 1.º de Abril de 1642.

Venida la dispensa de lo religioso le concedió el Rey la suya en Zaragoza el 6 de Septiembre para que pudiese recibir el hábito de manos de un fraile. "Tengo por bien—dice la orden—que un religioso de cualquiera de las Ordenes de Santiago ó Alcántara, ó de San Benito ó San Bernardo ó de otra cualquiera religión pueda dar el hábito de Calatrava á don Enrique Felípez de Guzmán, Marqués de Mairena, sobre que dispenso por esta vez como Administrador perpetuo de la dicha Orden de Calatrava por no haber al presente en esta ciudad ningún religioso della." Hízose así é inmediatamente entró en posesión de los frutos de aquella rica encomienda. Entonces se le prometió también la Presidencia de Indias y el cargo de ayo del Príncipe. Tuvo hospedaje dentro de Palacio, donde le cortejaban y adulaban todos los capitanes y jóvenes caballeros, que veían en él

al futuro privado y primer Ministro de la Corona de dos mundos.

Sucedió, en tanto, el fracaso de la empresa sobre Lérida que tan mal parada dejó la reputación que, como General, gozaba el Marqués de Leganés, y desesperanzado el Rey de que nada serio pudiese intentarse ya durante el invierno en Cataluña, salió precipitadamente para Madrid el 1.º de Diciembre.





CAPITULO XXI

EL REGRESO

CASI por los mismos días que la real cohorte llegó á Madrid don Félix de Mansilla á disfrutar el descanso que bien ganado tenía después de dos años de continuas fatigas, combates, marchas y peligros de todo género.

Su rostro, moreno y pálido, había adquirido mayor gravedad y expresión viril. No había perdido carnes, antes bien su persona alcanzaba la amplitud del hombre fuerte y sano. Sólo en su frente se dibujaba una rebelde arruga que, ni aun cuando en la conversación tomaba su rostro expresiones diversas, desaparecía por entero. Había también en su ademán, andar y palabra una calma y casi indiferencia que le presentaban más frío é inasequible de lo que realmente era.

Apenas llegado procuró inquirir noticias de su amada doña Isabel, que seguía en Santa Catalina, y de don Alonso, de quien pocos se acordaban ya. Entre los amigos é indiferentes había, no obstante, cambiado de raíz el juicio que su extraña desaparición produjo desde que se vió

ser calumnia todo lo que le imponían, y que dos ó tres parientes suyos, víctimas en la conjuración del Duque de Camiña, habían con su sangre sellado y confirmado la incorruptible lealtad de los Meneses. Casi todos le suponían en Portugal conspirando siempre en favor de España, aunque de cierto nada sabían ni pudieron decir á don Félix.

En las horas interminables de lucha á solas con su pensamiento había el Capitán llegado á la conclusión de que tal vez su conducta con doña Isabel no hubiese sido todo lo caballerosa y recta que era de esperar en quien rendía como él su voluntad á los dos grandes ideales de honor y justicia. Lo primero, no estaba seguro de la traición de don Alonso, por más que los Tribunales lo hubiesen declarado, ya que sólo juzgan por lo que ven y con frecuencia se les esconde el verdadero móvil de los actos humanos. Fuera de eso, parecíale ahora notoriamente contrario á la estricta justicia el que los hijos pagasen culpas exclusivas de los padres. Cierto que le tacharían algunos de poco escrupuloso casándose con la hija de un hombre proclamado traidor, y á él mismo le sonaba muy mal esta palabra cerca de su nombre siempre honrado. Pero el desaire hecho á doña Isabel constituía un segundo y mayor castigo para quien estaba exenta de toda culpa, y, en fin, con ello había don Félix labrado su propia y eterna infelicidad.

Porque, ni en las horas de mortal dolencia, ni

en el combate, ni en el ocio de la guarnición, ni en parte alguna había dejado de tener ante sus ojos la graciosa y tierna figura de la hija de Meneses. Veíala dulce y resignada cuando con frialdad brutal fué á despedirse de ella y notificarle su abandono, y el corazón se le rompía de dolor al considerar cuán sin piedad había tratado aquella alma tan noble y tan pura. Imaginábasela otras veces rebosando su pecho de amor sincero y ardiente decirle mil regalos y dulzuras, ó cuando á la reja le declaraba con tranquila y segura firmeza que sería suya ó de nadie; y entonces, al recordar el bien perdido, volvíase don Félix contra sí mismo y se despreciaba y maldecía un honor que tan caro le costaba.

Desde los primeros días de su arribo comenzó á rondar, aunque sin propósito determinado, el convento que encerraba la mitad de su vida. En una ocasión que á media tarde cruzaba la calle del Prado parecióle ver asomada á la ventana una figura que no era cierto de monja, y hasta creyó oír un leve grito de sorpresa cuando la figura se retiró apresuradamente. Y no fué ésta la sola vez que su ilusión ó la realidad le representaron el tipo de la divina mujer que adoraba parada tras de las rejas de Santa Catalina.

Decidióse, al fin, á escribirle una larga carta exponiéndole el resultado de sus continuas meditaciones en los dos años de ausencia. Pedíale perdón de su grosería, tan dolorosa para él mismo cuanto que nunca había cesado de amarla

con el fervor que en los días primeros de su conocimiento. Mostrábase resuelto á reparar todo el daño causado y arrostrar las consecuencias, fuesen las que quisiesen, si accedía á ser esposa suya; que renunciaría á su carrera y porvenir y ambos irían á sepultarse en las montañas leonesas si la vida cortesana les fuese hostil ó desagradable.

Extrañó no obtener contestación á misiva tan importante luego de saber con certeza que la dama había recibido el papel. Y ábsorto y abismado en estos pensamientos no advirtió un día, á mediados de Enero, que, distraído, llegaba á la Puerta del Sol el bullicio y extraordinaria concurrencia que había en ella y en las próximas Gradas de San Felipe. Acercóse á ellas y pronto supo que la causa de todo aquel ruido, diálogos y movimiento era la noticia que daban como indudable de la caída del Conde-Duque de Olivares.

Veintidós años de no menguado favor le había hecho casi institución secular é intangible; así es que muchos no lo creían; á otros les parecía estar soñando, y no pocos decían ya, ciertos del hecho como de la muerte: "Es una verdad que parece mentira." ¿Cuál sería el rumbo que seguiría el Rey? ¿Qué haría del caído? ¿Quién se atrevería á recoger herencia tan peligrosa como el gobierno de la Monarquía española en tales circunstancias? Estas interrogaciones que salían de todos los labios con temeroso recelo quedaban sin respuesta.

En tanto el pueblo, una parte no escasa de la nobleza, la clase media y casi todo el clero entregábanse sin freno al placer de comentar cada cual á su modo el fausto suceso. Pronto comenzaron á llover sátiras contra el privado caído: simples epigramas algunas; de forma y tendencia clásicas otras, como *La cueva de Meliso, mago*, que se atribuyó á Quevedo, á quien la caída del Conde abrió las puertas de su encierro, ó las tituladas *Testamento del Conde-Duque* y *Al entierro de Castilla y otros reinos*, sangrientas diatribas y en gran parte calumniosas ó exageradas. Otras parecían excitar al Rey á imponer un castigo ejemplar y cruento al que tantos años había detentado su Corona. De esta clase es el soneto que por aquellos días anduvo rodando por el Mentidero, y que decía:

Subí, privé... mas miento, que el privado
es hoy el rey de cuanto estuvo unido.

Dos reinos y cien plazas le he perdido
y un tío y dos hermanos le he quitado.

La plata de las Indias le he agotado;
ejércitos enteros consumido;

la sangre de inocentes he vertido;

la mágica infernal he consultado.

Un hijo descasé; le casé luego;

paséle del burdel al señorío,

siendo con Dios y con el mundo falso.

Mas como nada dura con sosiego,

Retiro haciendo al Rey, él hizo el mío...

¡Oh verdugo!, ¡oh cuchillo!, ¡oh calahalso!

Don Félix, que nunca había querido tomar partido en las disputas políticas, limitándose á cumplir sus deberes militares por creer que, mientras el enemigo de la Patria está en armas es preciso olvidar todas las disidencias interiores y aunarse hasta vencerlo ó conseguir la paz, oía indiferente los apasionados juicios de la turbamulta de ociosos y reflexionaba que, si todos se hallasen en sazón oportuna en Cataluña ó Flandes con el arcabuz al hombro, otra sería la suerte de España con y sin el Conde-Duque de Olivares.

Transcurridos los primeros días de sorpresa é indecisión aun por parte del Rey, que no sabía qué partido adoptar y seguir para el nuevo orden de cosas, comenzóse á dibujar, no la privanza, pero sí algún predominio de don Luis Méndez de Haro, á quien el Rey consultaba con preferencia los negocios, y, sobre todo, aquellos en que se trataba de enmendar y cambiar el plan del Conde-Duque. Poco á poco fueron retirándose ú obscureciéndose las principales figuras del régimen anterior; volvieron los desterrados y perseguidos por el caído Ministro, para quienes fueron méritos los trabajos y sufrimientos. El Rey quiso dar de mano á sus devaneos y placeres, imprimir mayor actividad á los negocios militares, que era lo más urgente, y se propuso acabar, sobre todo, la funesta y vergonzosa guerra de Cataluña.

En tanto continuaba nuestro capitán Mansilla sin recibir nuevas ni respuesta de su carta, lo que

le tenía indeciso en grado sumo. No tanto le admiraba la descortesía de doña Isabel como temía que fuese la causa olvido y desprecio de su amor, ó tal vez que uno nuevo señorease la voluntad de la doncella. El negro fantasma de los celos surgía y se alzaba ante su vista y acibaraba su alma llenándola de torturas. Iba ya á presentrse en el convento y solicitar una entrevista con la desdeñosa joven, cuando una tarde en que, según costumbre, rondaba la santa casa, vió salir dos tapadas en quienes la voz de su corazón más que el discurso le hizo conocer á doña Isabel y su dueña.

Siguiólas algunos pasos, y viendo que tomaban la dirección del Prado, acercóse sin reparo, diciendo á la joven:

—Muy cruel anduvisteis, señora, en no otorgarme la más mínima respuesta á la carta en que, como pudisteis notar, cifraba yo todas mis esperanzas. Si vuestra voluntad no se ha mudado, para calmar mi suprema impaciencia y mortales temores, y si vuestro corazón tiene otro dueño, para abreviar ya el fin de mi triste vida.

Andando habían llegado á la esquina de la Huerta del Duque. Doña Isabel, á quien al parecer no importaba ser conocida, levantó por completo el velo, dejándole caer natural y graciosamente sobre su cabeza, y entonces pudo apreciar don Félix la ventajosa transformación operada en la persona de la hermosa hija de don Alonso de Meneses. Las amarguras pasadas habían im-

preso en su semblante un sello de nobleza y augusta tranquilidad que inspiraban á la par simpatía atractiva y veneración casi religiosa. A la pérdida de la rosácea é infantil frescura de sus mejillas sustituían la sana palidez y transparencia nacarina que las hacían más delicadas. Sus ojos garzos parecían haberse agrandado y conservaban siempre aquella placidez y dulce mirar embelesadores; su frente, límpida y serena, no retenía señales de haber sufrido las contracciones del dolor angustioso; su boca, cuyos encendidos labios formaban contraste con la nieve del rostro, había alcanzado la forma definitiva en consonancia de la redondez suave del perfil de la cara, y sonreía dulce y luminosa como siempre, descubriendo la immaculada blancura de los dientes firmes y menudos. El cuerpo, sin haber embarnecido gran cosa, alcanzaba su pleno desarrollo y acentuaba la femineidad de aquella hechicera criatura formada en la turquesa de los ángeles. Su andar era más lento, pero más firme y seguro, sin haber perdido aquel eurítmico é imperceptible balanceo como de diosa, que constituía una de sus naturales gracias.

Iba vestida de riguroso invierno: rebociño de felpa obscura con pasamanos de oro y forrado con raso del mismo color de la felpa, ropa y basquiña de terciopelo rizo y prensado y jubón de tafetán doble con ribete de raso y muchos botones de punta de diamante. Calzaba altos chapines de tafilete dorado y negro sujetos con cintas

de seda, y abrigaba sus manos con una estufilla ó regalillo de finas martas.

Tardó algo en responder á la recuesta de su amante, y dijo:

—No ha sido crueldad, sino dificultad y embarazo en saber lo que había de contestaros. Y aunque hoy tampoco puedo hacerlo de un modo categórico, puedo, sí, daros algunas nuevas que os harán menos gravosa la espera. Esta es la razón que, contra mi costumbre, me ha hecho salir del convento en cuanto os he visto á sus puertas.

—Según eso, me habréis visto otras muchas veces.

—Cierto; pero vamos á lo esencial. Mi padre regresará de un momento á otro. Cuenta, no con el perdón del Rey, que no necesita, pues nunca ha sido traidor, sino con la revisión de su proceso y absolución completa ahora que no le persigue el odio del Conde-Duque.

—Pues ¿en dónde estuvo estos dos años?

—En la frontera portuguesa sirviendo á su nación con su persona, que puso en continuo peligro, y con sus bienes, que expendió en tan justa causa. ¿No habéis oído hablar de un famoso partidario español que llamaban *el Encapuchado*?

—Sí; algo en Cataluña y mucho después que volví á la corte.

—Pues él es. Por intermedio de los dos parientes que habéis visto aquí pudo recoger el valor de su patrimonio portugués, que sabía le había de confiscar el rebelde Duque de Braganza al

proclamarse Rey. Empeñó todos sus bienes de Castilla para levantar y sostener la partida que tanto daño hizo á nuestros enemigos. Y si no hubiera fracasado la conspiración del Duque de Camiña nuestro deudo, hoy estaría en Portugal con sus gentes para sostener el derecho de Felipe IV.

—Entonces resulta evidente, no ya su inocencia, sino su abnegación patriótica, que el Rey premiará como debe.

—Mi padre aspira ya sólo á que le dejen vivir en paz el resto de sus días. Ahora bien: cuando vos me abandonasteis, mi padre, á quien se lo comuniqué, tuvo tal sentimiento que no sabré cómo encarecéroslo. Expresó su contrariedad diciendo que de vos era de quien menos esperaba tal descrédito...

—Pero yo...

—No os disculpéis, pues á mis ojos lo estáis harto; pero mi padre, en su inflexibilidad de principios, así como no cabe en su pecho falsía, así no acierta á comprender que los demás, que no están dentro de su alma, sólo puedan juzgar por los hechos, mostróse profundamente irritado de vuestra conducta; me prohibió que volviese á acordarme de vuestro nombre y ofreció hallarme colocación tan ventajosa como la vuestra. Ved aquí por qué no me era dable contestar de un modo terminante á vuestras nuevas protestas.

—Pero vos—replicó don Félix lleno de inquietud—no consentiréis en esos proyectos.

Detúvose un momento doña Isabel; pero, sin

la menor alteración en la voz ni en el semblante, dijo con el tono más dulce de su voz:

—Ya os he dicho, don Félix, que sería vuestra esposa ó de nadie. Escribí á mi padre rogándole desistiese de toda idea de matrimonio; que pues el cielo quería traerme de continuo al claustro en que pasé mi primera juventud, en él acabaría mi vida cuando me faltase la égida paterna. No he profesado porque no pienso en dejar solo á mi padre, y porque, si he de decir todo lo que siento, abrigo una leve esperanza de que logréis reconciliaros con él.

—Ese es ya mi más ardiente deseo. Veré á don Alonso, me postraré á sus plantas, impetraré su perdón y tendrá que matarme ó que concederme vuestra mano.

—Dios lo quiera—suspiró la joven.

—Y en tanto que ese feliz momento llega, ¿no podré hablaros como antes?—agregó Mansilla.

—Como antes no, pues, como veis, estoy en el convento. Mi padre debe llegar pronto. Hace muchos días que supo la caída de Olivares, suceso que esperaba para cambiar de vida y que había previsto alumbrado más de su deseo que de su entendimiento. Tened calma hasta entonces y dadme licencia para regresar antes que cierre por completo la noche.

Hiciéronlo así; entróse la dama en su reclusión y subió don Félix calle arriba hasta su casa con el corazón abierto á la esperanza.

Antes de llegar á su vivienda detúvose algún

rato en el Mentidero, donde los rezagados y empedernidos murmuradores daban la postrera mano á las glosas y comentarios de las más recientes novedades.

Allí supo cómo el Conde-Duque, no resignándose con su desgracia, había puesto en juego todos los medios para volver al favor del Monarca, haciendo que su mujer se arrojase á las plantas de la Reina, como si ésta no fuese interesada en la caída del Ministro, que, al fin, tuvo que salir de Palacio y retirarse á su villa de Loeches.

Muy pocos días después llegó, en efecto, don Alonso de Meneses; presentóse al Rey, que le recibió con su afabilidad ordinaria. Oyósele en justicia, acudiendo á la ficción de no haber don Alonso sabido que se le citaba en juicio criminal. Contestó satisfactoriamente á todos los cargos que ahora redundaban en favor suyo; casóse la sentencia en que se le declaraba traidor; se le devolvieron todos sus bienes secuestrados y hasta se le propuso al Rey para una recompensa digna de sus sacrificios y amor á la Patria.

Ofreciósele el cargo de Oidor del Consejo Real, que rechazó, diciendo que ya no deseaba más que vivir quietamente en su casa; en fin, la fortuna, largo tiempo hostil á este hombre, parecía querer abrumarle con sus favores ahora que él no los ansiaba.

Esperó don Félix á que don Alonso y su hija quedasen instalados en su antigua casa; y no atreviéndose á recibir personalmente el primer cho-

que hasta disipar el encono que suponía abrigaría en contra suya, escribióle una respetuosa carta solicitando el olvido de lo pasado y la concesión de la mano de doña Isabel.

Al día siguiente recibió en respuesta este billete: "No siendo decoroso para vos entrar en la casa de uno á quien declarasteis traidor, ni por la misma razón que yo vaya á la vuestra, mejor será que para tratar los puntos que indicáis en vuestra epístola nos veamos en lugar solitario, por ejemplo, las tapias de la huerta de los Agustinos Recoletos, donde os esperaré desde las tres de la tarde. Guárdeos Dios como desea *Don Alonso de Meneses*."

En un piélagó de confusiones dejó á don Félix el laconismo y sequedad de la carta. No ignoraba que el lugar designado era el que solían elegir algunos caballeros para ventilar casos de honra; pero no creyó que fuese un reto lo que don Alonso le intimaba.

Dejó la carta en el bufete de su aposento; comió poco y de prisa y salió al lugar de la cita, donde ya se hallaba el de Meneses.

Aunque afeitada la barba que le había servido de disfraz mientras fué guerrillero, dejando solos bigote y perilla que siempre había usado, no por eso estaba menos desconocido el veterano caballero. Su cabeza y mostacho habían encanecido; el color de su rostro habíase puesto moreno y asolanado; las facciones, más enérgicas; la mirada, más dura; los movimientos, más nerviosos y

rápidos en razón de la menor abundancia de carnes que traía de la guerra. Vestía de capa y espada á lo cortesano y todo de negro; pero el aire y aspecto marciales que eran su distintivo ordinario habíanse acrecido visiblemente, y ahora sí que podía decirse que al verle se hallaba uno ante un verdadero soldado.

Recibió con arrogancia, contestando fríamente al saludo expresivo y respetuoso de Mansilla y, sin más preámbulos, le dijo:

—Os habrá extrañado, caballero, el lugar que señalé para responder á vuestra demanda, aunque si paráis mientes en ello quizá convendréis en que es el más adecuado á fin de que podáis darme satisfacción en la forma en que lo hacen los nobles de los agravios que habéis osado inferirme.

Esperaba ya don Félix algo semejante á este *ex abrupto* y, revistiéndose de calma y mansedumbre, le respondió:

—El error cometido por mí, señor don Alonso, al apreciar vuestra conducta fué, dejando á un lado el fallo de los Tribunales, el mismo en que cayeron vuestros más íntimos y leales amigos é hijo de vuestra extraña y misteriosa ausencia. Más bien pudiera yo mostrarme quejoso de vuestro silencio y desconfianza conmigo; yo...

—Vos—interrumpió el otro—no erais mi pariente y no tenía por qué haceros partícipe de mis proyectos.

—Pero sí el prometido de vuestra hija.

—¡Valiente promesa, que habéis roto al primer contratiempo!

—Sea así, pues vos lo queréis. Reconozco mi falta y la reconoceré siempre y en todo lugar. Os suplico me perdonéis ó me impongáis el castigo que os cuadrare, como no sea el de privarme de vuestra amistad.

—No la merece el que por un solo instante pudo creerme traidor á mi Patria. Pero no es para dilucidar este extremo á lo que hemos venido aquí; yo sé olvidar las ofensas de mi amor propio. Pero no es lo mismo al tratarse de la afrenta que habéis causado á mi hija; el desprecio injusto é ignominioso que habéis hecho de su persona, deshonorándola á los ojos de todo el mundo al abandonarla como á una vil mujerzuela.

—Confieso igualmente mi delito y harto lo he expiado en los dos años corridos desde entonces. Pero toda vez que me ofrezco á reparar el mal causado si vos queréis dármela por esposa, creo que nada me queda por hacer.

—Para ella quizá fuese satisfacción bastante eso; pero no para mi honor ni para mi sangre. Creerían todos que yo os rogaba con lo mismo que habéis desdeñado, y como esto no es posible ni que Isabel sea ya nunca mujer vuestra después de haberla desechado y ella está deshonrada á los ojos del mundo, y más aún la habéis hecho infeliz para toda su vida inspirándole un amor detestable, comprenderéis que no hay otro reparo

á mi honra mancillada que el usual entre caballeros. Y creo hemos hablado ya con exceso sobre negocio tan claro y patente; hablen los aceros.

Y diciendo y haciendo desenvainó el suyo. Pero don Félix, sin moverse, repuso con el tono más mesurado que pudo adoptar:

—Permitidme aún, don Alonso, una observación, la última. Creo que abultáis y desnaturalizáis el menoscabo que hayan podido recibir vuestra honra personal y vuestra nobleza hereditaria. Siendo notorio que lo sucedido procede de un error, deshecho y esclarecido éste por el Rey mismo y vueltas las cosas al estado que tenían antes, nadie podrá achacar á humillación vuestra lo que más bien lo es mía, puesto que recojo lo que sólo por un funesto engaño he podido rechazar para mi desdicha.

—Caballero Mansilla. La magnitud y calidad de las ofensas no es al ofensor á quien incumbe el graduarlas, sino al ofendido. Por más sofismas que empleéis siempre resultará que hubo un momento y no corto en que considerasteis á mi hija indigna de vos. Este desprecio inmerecido que ninguno de mi raza hubiera soportado me obliga hoy y siempre á negárosla por esposa; antes la encerraré en un convento, antes le daré muerte por mi mano. Con que defendeos.

—Tenéis razón —exclamó el joven ya fuera de juicio—. Sin ella ¿para qué quiero la vida?

Y sacó la espada. Pero en el acto mismo reflexionó que, fuese cualquiera el resultado del

duelo, perdía á doña Isabel para siempre. Imaginó que, desarmando al testarudo anciano daba una tregua al conflicto que acaso la dama podría ir lentamente desatando; hizo algunas tentativas, pero en vano: era un puño de hierro con el que tenía que habérselas. Comprendiólo don Alonso y comenzó á menudear sus arremetidas en términos que hartó hacía don Félix en cubrirse y parar tan fieras estocadas y altibajos. Loco ya de dolor y desesperación iba á dejarse traspasar cuando repentinamente surgió como una aparición una mujer que, descubriendo su rostro, arrojóse decidida en medio de las espadas, gritando:

—Antes de mataros atravesadme el corazón, pues á mí es á quien verdaderamente asesináis con vuestros inicuos rencores.

En poco estuvo que la espada de don Alonso no lo hiciese. Don Félix, como más dueño de sí, bajó prontamente la suya y se apartó, exclamando:

—¡Doña Isabel!

Inclinó también don Alonso su arma y, poseído del mayor asombro, dijo con voz ronca:

—Isabel, ¿á qué has venido?

—A que de una vez acabes con tu hija ya que parece que tal es tu sino y el mío—dijo ella, soltando la presa de sus lágrimas y sollozos desgarradores.

Y sin darle tiempo á reponerse postróse de hinojos y, abrazándose á las rodillas de su padre, murmuraba, mezcladas con su llanto, palabras que no se comprendían.

Don Alonso estaba de pie, silencioso, con la espada desnuda á guisa de bastón y sin moverse; don Félix contemplaba la escena sin alcanzar modo de intervenir en ella. Al fin, tomando su acero por medio de la hoja, acercóse al grupo y, doblando la rodilla, depositó la espada á los pies de don Alonso, diciendo:

—Señor: perdonadme siquiera por el inmenso dolor de esta inocente. De aquí no me levantaré sino perdonado ó muerto.

Desprendióse doña Isabel, y tomando la mano de don Félix que estaba á su lado, dijo con acento de infinita ternura:

—¡Padre, perdonadnos!

Entonces se vió claramente reflejada en el rostro de aquel empedernido campeón del honor la terrible lucha que su corazón, bueno y justo, sostenía con su pensamiento obcecado y temeroso del juicio ajeno. Al fin se ablandó aquel duro y nunca rendido pecho; dejó caer la espada, levantó á los dos jóvenes con un abrazo á cada cual, los atrajo á sí y, poniendo en medio de ambos su noble cabeza, fundiéronse las tres almas en un estrechísimo abrazo.

Pasados los momentos de muda expansión y luego que los dos caballeros recogieron sus armas y las volvieron á las pretinas, hubo de preguntar don Alonso:

—Pero dime, Isabel, ¿cómo pudiste saber de este encuentro?

—Eso me toca á mí explicarlo —contestó Gra-

jales, que se venía aproximando con la doncella de la dama—. Habiendo observado la preocupación y disgusto que en mi amo produjo la lectura de la carta que recibió antes de la comida quise saber el motivo, y con alegría vi que al salir la había dejado olvidada sobre su bufete. Con esta penetración que poseemos todos los hijos de Villada, mi patria, adiviné que citar á mi amo para los Recoletos no sería para devoción, pues otras iglesias y conventos hay más próximos. Corrí á la calle del Barquillo con el billete; leyólo doña Isabel y, sin calzarse los chapines, cosa que parecerá increíble, ni aguardar á que le pusieran el coche, cosa más increíble aún, llevándonos á remolque á mí y á Julia, que está presente, con la velocidad propia de toda mujer que siente malograrse su casamiento si se descuida, hemos venido á tiempo de ver cómo á espaldas de la huerta de un convento de las afueras se abrazan tres personas que muy bien y más cómodamente pudieran haberlo hecho en su casa.

Sin hablar más, pues los otros tres iban hondamente conmovidos, doblaron por delante de la iglesia, que todos saludaron; cruzaron el *Prado*, que por este lado se llamaba *de los Recoletos*, y atravesando callejuelas hoy desaparecidas, desembocaron en la del Barquillo y entraron en la casa de don Alonso.

que se ha de hacer en el presente, y en el futuro, para que el
 comercio de España sea el que conviene a su prosperidad, y
 a la de sus Colonias. En este punto se ha de considerar, no
 solamente el comercio exterior, sino tambien el interior, y
 el que se hace entre las Colonias mismas. En este punto se
 ha de considerar, no solamente el comercio exterior, sino
 tambien el interior, y el que se hace entre las Colonias
 mismas. En este punto se ha de considerar, no solamente el
 comercio exterior, sino tambien el interior, y el que se hace
 entre las Colonias mismas. En este punto se ha de
 considerar, no solamente el comercio exterior, sino tambien
 el interior, y el que se hace entre las Colonias mismas.



CAPITULO XXII

DESENLACES

CAÍA la tarde, una de las más hermosas y dulces del mes de Junio. Sentados cerca de la gran vidriera que daba al jardín de su casa estaban don Alonso y su hija Isabel.

En el viejo advertíase un notable y favorable cambio de fisonomía: ni su frente mostraba tan pronunciados sus pliegues y arrugas, ni tenían sus ojos la habitual dureza, ni, en fin, en el semblante había sombra ni veladura, sino que aparecía limpio y despejado.

Más visible era todavía el contento en el rostro de doña Isabel, que, vestida con el desgaire casero, estaba encantadora en su hermoso desaliño. Rivalizaban sus colores con los de las telas claras y ligeras que velaban su cuerpo, y no eran más frescas que sus labios y mejillas las encendidas rosas que ornaban su cabeza y seno. Su nativo buen gusto hacía preferir como adorno en la estación de las flores á éstas mismas, y no los

artificiales de joyas de oro y piedras ricas y exóticas.

Como prosiguiendo una conversación empezada, decía la joven con su dejo y retintín mimosos:

—¿Creéis, padre, que darán á Félix algunos meses de licencia antes de volver á Cataluña?

—Seguramente —contestó con tranquilidad el padre—. Tu marido viene sirviendo á su Patria hace diez años casi sin descansar y ha recibido dos graves heridas; bien merece que ahora que acaba de casarse tenga algún reposo.

Un ruido que se oyó en la parte de afuera de la habitación suspendió el diálogo. Abrióse luego la puerta y apareció en ella el capitán Mansilla sonriente. Levantóse instantáneamente doña Isabel y corrió hacia él, presentándole su frente, que el galán besó con suavidad á la vez que cercaba su talle con el brazo. Pero en el acto retiróse la joven algo sonrojada al ver que su esposo no venía solo, sino que le acompañaban otros dos caballeros á quienes Grajales recogía las capas y sombreros, y que ó no vieron ó no quisieron ver la efusión conyugal de la dama.

Entraron en la sala, y don Félix dijo en alta voz:

—Ante todo os diré que traigo buenas noticias. Compadecidos los señores Consejeros de la sociedad de mi querida esposa han prorrogado mi licencia por el tiempo que yo conceptúe necesario usar de ella.

—No porque lo afirméis en tono irónico—re-

puso doña Isabel—es menos cierto lo que decís. Si os fueseis á la guerra yo me iría también á vuestro lado.

—Entonces ¡ay de catalanes y franceses! —dijo entrando uno de los acompañantes del Capitán—. Vuestros ojos, señora, los convertirían en cenizas; y á tanto no debe aspirar el Rey de España, puesto que perdería unos vasallos que, vueltos á su obediencia, podrán ser lo que fueron hasta este negro momento de su rebeldía.

—Siempre seréis poeta burlón y satírico, señor don Juan de Salas —respondió doña Isabel—. ¿Qué os han hecho mis ojos para que no los perdonéis, ni aun cuando como ahora debierais estar predispuesto á la benevolencia?

—Tiene razón mi hija —exclamó don Alonso—. Y perdonad, señor don Juan, que antes no os haya dado mi más cordial enhorabuena por vuestro empleo en la Secretaría de Estado. Tiempo era de que los que nos gobiernan pensasen en utilizar vuestros grandes estudios.

—Desde que al monstruo devorador de España se han quebrado las fauces toda rehabilitación y mejora será posible si el Rey quiere —dijo con voz fuerte llegando también á la saleta un hombre anciano que, con lerdo paso y renqueando, se acercó adonde estaba el de Meneses, añadiendo—: Beso las manos de mi señor don Alonso y le doy mil parabienes de la adquisición que como yerno ha hecho de mi querido amigo y compañero de hábito don Félix de Mansilla.

Levantóse vivamente Meneses y, encaminándose al recién llegado, exclamó:

—¡Oh mi señor don Francisco de Quevedo, cuánta alegría experimento en volveros á ver! La misma causa ha permitido que hayáis podido vos romper las cadenas de vuestra cárcel y regresar yo de mi inicuo destierro.

La caída de Olivares había, en efecto, abierto las puertas del convento de San Marcos de León al célebre polígrafo; pero, tan quebrantado de salud y abatido de ánimo, que parecía llevar la muerte en el semblante. Ya no era aquel hombre vigoroso de rostro sano, melena de león, bigote negro retorcido y mirada enérgica á través de sus redondas gafas de córnea armadura que nos ha conservado el retrato velazqueño; los años, las enfermedades y, más que nada, la cólera, el despecho y rabia nunca domeñados en los cuatro años de encierro, habían arruinado su varonil entereza.

Encanecido, flaco y torpe en sus movimientos le devolvieron al mundo las humedades leonesas. Había también perdido su humor satírico y maleante. Un triste y resignado desaliento fluía de sus acciones y palabras. Sólo mantenía vivo y ardiente su odio al Conde de Olivares y, justo es decirlo, con sobrado motivo.

Sentóse don Francisco enfrente de don Alonso en una silla de cuero de Córdoba y nogal con amplios brazos y grandes y estrellados clavos dorados en asiento y respaldo y, ya reposado, dijo á Meneses:

—Vos no sabíais, sin duda, la grande y dulce amistad que me liga á vuestro hijo político. Es lo único bueno que debí al tirano: haberme dado ocasión de conocer á don Félix. En dos distintas sus visitas y trato han servido de lenitivo á mis penas y de alivio á las pesadeces del encierro. Pero, sobre todo, en los meses que pasó en su patria cuando la muerte de su digno padre hase hecho acreedor á toda mi gratitud. Olvidado yo de todos mis antiguos amigos en prisión tan larga y país tan lejano, sólo él tuvo compasión de mi soledad, y á la vez que su juvenil entusiasmo vertía una gota de miel en mis negras melancolías, fué mi valedor en inexcusables apremios y su providente cuidado siguió aún en favorecerme después de su ausencia.

—¡Por Dios, señor don Francisco! —exclamó el joven algo turbado—. Vuestro generoso corazón abulta y engrandece insignificantes atenciones equiparándolas á la voluntad con que os fueron ofrecidas.

—Sea como quiera —interrumpió don Alonso—, gracias al recordar, aunque tardío, de Su Majestad, os tenemos al fin entre nosotros.

—Pero ¡qué diferencia, amigo —añadió Quedo—, de cuando nos conocimos por vez primera. ¿Os acordáis? ¡Allá en los últimos años del reinado del otro don Felipe! Jóvenes éramos entonces; vos comenzabais con envidiable fortuna vuestra carrera, que deshizo la funesta privanza de Olivares; así como la mía, el ocaso de aquel

radiante sol de la grandeza hispana; aquel Girón á quien la Patria dió en pago de haberle "hecho esclava la fortuna", cárceles y destierros que le condujeron á una muerte aún temprana.

—Pero vos pudisteis con las alas de oro de vuestro ingenio volar á las más enriscadas cumbres de la fama, y ella se encargará de repetir vuestro nombre glorioso á través de los tiempos y por todos los confines del planeta.

Iba á contestar Quevedo; pero le detuvo la entrada de Grajales y una criada de doña Isabel que traían el ordinario agasajo de chocolate, bollos, hipocrás y vino dulce que solía hacerse en las tertulias. Acercó un bufetillo de ébano y marfil á don Alonso y Quevedo, poniéndolo entre ambos á la vera de la puerta de cristales ante la que estaban sentados. En torno de otro mayor de caoba y nácar acomodáronse el poeta Salas, doña Isabel y su marido.

Cuando los criados volvieron á recoger el servicio, que era de cristal de Venecia y loza catalana, entregó Grajales á su amo dos cartas y un paquetito envuelto en una telilla de seda oscura.

Miró el sobrescrito de ambas, y dijo:

—Una es de mi primo don Lope, Corregidor de Villalozana. Veremos lo que dice.

Hizo una inclinación á Salas, como demandándole su licencia, y se acercó á la otra puerta vidriera para leerla, pues la luz escaseaba en la sala por la espesura de los árboles del jardín.

Leyó primero una; rompió luego la nema de

la otra y la leyó también atentamente y echó una mirada al paquetito que había dejado sobre la mesa. Luego, colocándose en medio de los dos grupos, dijo en voz alta:

—He aquí dos cartas que, aunque salidas de muy distintos lugares, tienen entre sí conexiones que, sobre todo á vos, don Francisco, que estáis ya al corriente de los amores de mi primo con la comedianta llamada Armida, que tanto sobresalía al ausentarnos de la corte, os suministrarán acaso materia de reflexión y estudio y que á mi buen amigo don Juan podrán inspirar una elegía y un epitalamio.

—¿Cómo podrá ser eso?—exclamó Salas.

—Oid —respondió don Félix—. Esta—mostrándola—es de la ministra del convento de las Trinitarias, que me dice:

“Ayer hemos dado tierra al cuerpo de nuestra hermana Sor Angela de la Penitencia, que lo fué verdaderamente en el corto tiempo que permaneció entre nosotras. No podré con palabras encareceros el arrepentimiento de sus pasados errores y ansia del cielo con que falleció. Sus mortificaciones y atrición fueron espanto más que ejemplo de sus compañeras. Dios misericordioso habrá acogido esta alma atribulada. Por si queréis conservar un recuerdo suyo os envío el libro en que esta segunda Magdalena rezaba; en cada página veréis huellas de sus lágrimas.”

Oid ahora la de don Lope:

“Mi querido primo y señor: En todo lo que

resta de mes me casaré en esta villa con una noble y rica mayorazga que se llama doña Luisa de Benayas. La dilación consiste sólo en dar tiempo á que llegue mi hermano, que será el padrino. Si vos no estuvierais tan lejos y bañado aún por la luz de vuestra inacabable luna de miel, os rogaría vinieseis á honrarnos. Vuestro primo, *don Lope*.”

—Este libro—dijo, tomándolo con rapidez doña Isabel—no irá jamás á poder de vuestro primo. Lo conservaré yo como reliquia de esa noble mártir del bienestar ajeno.

—Es el mejor comentario que puede hacerse á las dos cartas—añadió Quevedo.

Salas repuso:

—En cuanto al martirio de la “señora Armida”, como en el teatro la llamaban, tengo, con perdón de mi señora doña Isabel, algunas dudas. ¿Creéis que si no hubiese amado á don Lope se sacrificaría por él tal como lo ha hecho?

—Sin vacilar lo creo, supuestos lo grande y delicado de su alma. Los antecedentes del hecho nos inducen igualmente á pensar así. Mas en prueba de sinceridad y de que alcanzo toda la fuerza de vuestra observación, borro y anulo la palabra mártir, ni aun dándole la mayor extensión posible, principalmente por faltar al hecho la cualidad de sufrimiento por una causa justa y muy alta. La sustituiremos por las de “víctima generosa”, si os parece. Y ahora quiero á mi vez someter á vuestro juicio otra duda que no ya:

ahora, sino cuando Félix me dio á saber la heroica abnegación de esa mujer, se me presentó á la mente. ¿Es lícito semejante sacrificio?

—Dentro de nuestra moral cristiana seguramente que no—respondió Salas.

—¿Debería, pues, dejar morir á don Lope?—insistió doña Isabel.

—Sí, ciertamente... ó casarse con él.

—Lo último sería lo mejor —interpuso Quedo—, y quizá su ejemplo, aunque lo creyesen acto de loco, serviría para ir desvaneciendo ese y otros prejuicios y falsas ideas que afligen y molestan á nuestra Patria. Lícito, permitido y amparado por las leyes es el arte del teatro; ¿por qué han de ser, pues, indignos aquellos que lo ejercitan?

—Pero ¿no reparan en qué casta de gente es la que á él se dedica?—observó don Alonso.

—Eso no destruye, según pienso, mi argumento. Noble y glorioso es el ejercicio de las armas, y en los ejércitos no escasean los pícaros y rufianes que legítimamente llevan el nombre de soldados y no abaten ni dañan la condición de los demás que forman á su lado.

—Es cierto; pero en lo otro son la mayoría.

—Aunque lo fueran todos no habría razón esencial para que el abuso fuese norma de juicio. Además, esta preocupación mortífera se extiende á otros muchos órdenes de la vida. ¿No creéis vos lícitos y honrados los oficios manuales?

—Claro es que sí, y muy útiles á la república.

—Y, sin embargo, nuestras leyes y, lo que es peor, nuestras ideas y costumbres, los tienen sumidos en la abyección y el desprecio. No solamente cargan sobre ellos los tributos, sino que se considera á los que los ejercen indignos de obtener los cargos públicos y las dignidades.

—El Rey dispensa á veces ese defecto.

—Con las palabras “defecto” y “dispensa” me estáis dando la razón. Y, en fin, aunque el Rey dispense no dispensa la sociedad, que es lo verdaderamente lamentable y peligroso.

—Además, eso da lugar á muy graciosos contrasentidos —agregó Salas—. Por ejemplo: tal pintor famoso, retratista inimitable de la Real Familia, hahe hecho acreedor á una recompensa honorífica, el hábito de Santiago, tal vez. Pues el pintor tendrá para llevarlo que probar que ejerce el arte por gusto y deporte y no por oficio. Es decir, que lo mismo que sirve de mérito para el premio le imposibilita de lograrlo, y hay que acudir á una falsedad para salvar contradicción tan patente. Tal poeta que compone lindas comedias, y observad que no se trata aquí de un arte mecánico ó manual, si quiere cruzarse de caballero de Calatrava alegará que las escribe para solaz de Sus Majestades, aunque la mayor parte se las comprehen los autores de compañías. Tal otro que tiene la desgracia, no imputable á él, de proceder de judíos, moriscos ó luteranos por alguna de sus ramas, tendrá que fabricar una genealogía de todo punto falsa y artificiosa.

—Tiene razón el caballero Salas —agregó Quevedo—. Contrasentido y mentira es todo. Y aun se llega en esto á la más irritante desigualdad é injusticia. Por ejemplo: damos calidad, hábitos y honores á los mercaderes de cualquier nación y quitamos la nobleza á los nuestros si tratan ó mercan y venden.

—Será para recompensarles el favor que nos dispensan al empobrecernos—insinuó Salas.

—Así lo parece al menos —apoyó Quevedo—. El dinero se ha huído de España. Con los premios se ha desvanecido como ruín con honra. Y dentro de poco un real de á ocho se enseñará por dos cuartos, como un elefante. De los doblones puede decirse lo que de los Infantes de Aragón: “¿Qué se hicieron?” En cambio nos han llenado la tierra de vellón; moneda que el que la paga se limpia y se desembaraza, y el que la cobra se ensucia y se confunde. Más vale su incomodidad en trajinarla que su valor.

—Es la consecuencia natural—dijo don Alonso—de haber dado un valor excesivo y falso á tan vil moneda. Un diluvio de cobre acuñado se nos ha entrado por el Pirineo, y nuestros vecinos se llevan en cambio el oro y la plata.

—¡Triste país aquel en que son sinónimos nobleza y holganza!—prosiguió Salas.

—Bien lo podéis decir —añadió Quevedo—. Tres cosas hay que con ser buenas en su origen hacen ridículos á los hombres: la nobleza, la honra y la valentía.

El que descende del Cid, de Bernardo ó de Gofredo y no es como ellos, más destruye su linaje que lo hereda. ¿Cómo no ha de ser risible el que se contenta con la virtud ajena de trescientos años y ya casi olvidada, sin que por su parte le añada esmaltes, antes bien la desluce y apoca con sus vicios? “Toda la sangre es colorada; la virtud es la mejor ejecutoria, pues aunque el virtuoso descienda de hombres viles y bajos, con divinas costumbres se hace noble á sí y hace linaje para otros.”

—Pues ¿qué diremos de la honra mundana? “Muere de hambre un caballero pobre; no tiene con qué vestirse; ándase roto y remendado ó da en ladrón, y no lo pide porque dice que tiene honra, ni quiere servir porque dice que es deshonor. Por la honra no come el que tiene gana donde le sabría bien. Por la honra muere la viuda entre dos paredes. Por la honra se pasa la doncella tristes años casada consigo misma. Por la honra pasan los hombres la mar. Por la honra mata un hombre á otro.... Y es la honra mundana, según esto, una necedad del cuerpo y alma, pues al uno quita sus gustos y á la otra el descanso.”

“¿Y la valentía? ¿Hay cosa más digna de burla? Ved qué valientes: salen á robar oro y á inquietar pueblos apartados. Mata uno á otro primero porque no le mate á él...”

—Permitidme, señor don Francisco —interrumpió el Capitán—, observar que sois ahora vos quien hace norma de los abusos y confundís

el valor con el matonismo, y el espíritu guerrero con el pillaje y la piratería propia, por ejemplo, de holandeses.

—¡Oh! Esos lo entienden del mejor modo —exclamó riéndose Quevedo—. “Van por oro y plata á nuestras flotas, como nuestras flotas van por él á las Indias. Tienen por ahorro y atajo tomarlo de quien lo trae y no sacarlo de quien lo cría. Danles más baratos los millones el descuido de un general ó el descamino de una borrasca que las minas.” Y en cuanto á lo demás podéis tener por seguro, mi querido amigo, que ni remotamente quise aludir al valor ó valentía puestos al servicio de la Patria, y mal podía hallándome en presencia de dos modelos y dechados de ese valor grande y generoso.

—Y siendo eso así —interpuso Salas—, nada más justo que recompensar y ensalzar á los que á costa de su vida y su hacienda nos aseguran y defienden la tierra y á los que de ellos se derivan.

—Téngolo por evidente; y me alegro de que con esto tornemos al comienzo de nuestra plática. El que indicáis sería, por lo general, el origen de los privilegios y exenciones de nuestros hidalgos; pero luego su ambición fué acumulando ventajas y provechos en su favor á costa de negociaciones y prohibiciones á los demás, que convirtieron en vil y despreciable el digno y santo trabajo. Así quedó dividida nuestra Patria en dos clases de personas de tan diferente suerte. Y no sería lo peor si al menos se observara siempre esta sepa-

ración en castas: habría dos Españas, cada cual fuerte y poderosa como hace cien años. Pero desde que se compran fácilmente las ejecutorias de nobleza y ascienden á ella por este y otros medios indirectos los pecheros ó villanos, y al mismo tiempo se mantiene la vileza de los oficios manuales, sólo se han obtenido dos resultados á cual peor: la enorme disminución de las rentas públicas y el abandono y pérdida de aquellos oficios. Todos los españoles quieren ser hidalgos aunque hayan de vivir en la estrechez ó pobreza. La peste de la vanidad invade y corrompe á todas las clases. "Viste el artesano como caballero; suspira el hidalgo por señoría, y está más casado con sus deudas que con su mujer. Sustenta, por parecer señor, halcones, que lo primero que matan es de hambre á su amo con la costa. El señor, por tener acciones de grande se arruina, y el grande remeda ceremonias de rey." En tanto la agricultura se paraliza y apoca por falta de brazos, que se llevan las guerras y las Indias, y los tributos son cada vez mayores y destinados más que á satisfacer necesidades generales á enriquecer deudos, amigos y criados de favoritos y ministros. Ciérranse las oficinas de industrias carentes de maestros y menestrales, ó decaen y degeneran en manos inhábiles y rudas; y dentro de poco, ni Segovia dará sus paños, ni sus armas Toledo, ni Córdoba y Valladolid sus pieles, ni sus ricas sedas Valencia, Murcia, Granada y Sevilla. La pobreza será general.

si ya no puede decirse que lo es, y la miseria afloja todos los vínculos sociales y hasta los domésticos. En los tiempos felices de Isabel, Carlos V ó de su hijo no hubieran prosperado ni un momento insurrecciones como las de Portugal y Cataluña. El temple moral de los hombres basta y cede ante la común desdicha, y entonces aparecen y triunfan caracteres como el de don Lope, egoístas y débiles, que sólo anhelan un buen empleo y un matrimonio ventajoso. Por dicha tampoco han de faltar, y esta esperanza nos consuele, hombres como don Alonso y don Félix, prontos y apercibidos al sacrificio en aras de la Patria.

Anochece por completo cuando se despidieron los extraños; y los de casa, llevando en medio á la dama, radiante de gloria y contento, salieron al jardín á desenfadarse.

¿Quién podría convencer entonces á doña Isabel de que nuestra grandeza nacional se hundía en el abismo acaso para siempre?





CAPITULO XXIII

CONCLUSIÓN

TODOS los finales de historias son tristes, porque la muerte es quien les pone término.

El autor de la presente obra, que ha deseado hacer verídica hasta en los pormenores, deja que el lector imagine el fin que mejor le cuadre para los personajes de invención, y entra á decir algunas palabras sobre el que tuvieron los de naturaleza real ó históricos.

Destituído el Conde-Duque al comienzo de 1643, se retiró á Loeches, saliendo ocultamente de la corte en la mañana del viernes 23 de Enero luego que fracasaron sus tentativas para ver al Monarca. Confiado en las buenas mañas de su mujer todavía esperaba volver á la gracia real, cuando meses después recibió orden de retirarse á la ciudad de Toro y permanecer en ella. Salió de Loeches el viernes 12 de Junio; pidió licencia para sestar en Madrid, pero la obtuvo sólo para oír misa en el convento de Atocha, donde le vi-

sitaron su mujer, su hijo y don Luis de Haro, encargado de transmitirle la voluntad del Rey. En Pozuelo comió, durmió en Torrelodones y allí fueron á despedirle diferentes señores en número escaso.

En pos de él iba, para acompañarle en el destierro, su hermana la Marquesa de Alcañices, viuda desde algunos meses y dueña del palacio de Toro en que Olivares había de residir. Había, además, perdido don Gaspar á su hermana mayor la Marquesa del Carpio el día de Navidad del año precedente. Ya sólo muertes, enfermedades y amarguras de todo género le estaban aparejadas.

Llegó á Toro otro viernes, 19 de Junio por la mañana, saliendo á recibirle, con vítores populares, el Corregidor y cuatro comisarios de la ciudad; pobre agasajo que pareció satisfacerle entonces tanto como el universal aplauso y rendimiento de otras épocas. Los primeros meses andaba en coche por las calles de Toro y sus afueras; asistía á los cabildos de Ayuntamiento, como Regidor perpetuo que era de todas las ciudades de España (una de sus más pueriles vanidades), y al juego de pelota, única diversión pública que gozaban los toresanos, y concertaba los partidos de los jugadores.

Pero luego, cansado y aburrido, suspendió casi toda comunicación con aquellas gentes. Todavía la proximidad de la guerra portuguesa le movió á interesarse en este asunto, y escribió á Madrid

proponiendo los medios para la mejor defensa de sus provincias colindantes y se ofrecía él mismo á ejecutarlos. Pero no se le respondió: en el ánimo del Rey estaba como muerto.

En tanto había Felipe IV emprendido su viaje á Tarazona y Zaragoza, acompañándole como gentilhombre don Enrique Felípez de Guzmán, que pronto comenzó á sufrir las consecuencias del eclipse paterno. En Zaragoza á duras penas recibió hospedaje: nadie le quería albergar y le traían de una casa para otra, hasta que de orden real pudo hallar acomodo. Sus amigos y aduladores le volvían la espalda ó le ultrajaban perdiéndole todo respeto. Como en cierta ocasión hubiese dado al Secretario y poeta don Antonio de Mendoza el tratamiento de "*vos*", le contestó: "Ni yo soy *vos* ni quiero ser *vos*."

En fin: el martes 3 de Noviembre le ordenó el Rey salir de Zaragoza é irse con su mujer. En un coche de dos mulas emprendió al día siguiente el triste regreso á la corte, donde nueva desgracia había sobrecogido á la familia de Olivares.

La última esperanza y asidero del Conde-Duque acababa de desaparecer. El mismo día 3 de Noviembre la Condesa salió también de Palacio despojada de su cargo de camarera mayor de la Reina. Ya meses antes se tenían barruntos de esta caída. El pueblo, que no cesaba de alimentar odio contra el privado, la venía pidiendo. El día de San Blas, yendo Felipe IV á la iglesia de Atocha con la Reina y en el séquito la Condesa de

Olivares, una tapada arrojó dentro del coche real un papel con esta ridícula copla:

Ya que habéis hecho lo más
haced, gran señor, lo menos,
que es echar de entre los buenos
la vieja que va detrás.

Y no mucho más tarde, al volver la Reina de las Descalzas, vió su carroza rodeada y seguida de un enjambre de muchachos y algunos hombres de capa negra entre ellos, que gritaban: "¡Viva la Reina sin la Condesa de Olivares!"

Al fin, en la tarde del lunes 2, recibió la orden real por intermedio del viejo Consejero José González. Lloró y se desconsoló á lo sumo. Ya muy noche vino su nuera á buscarla para cenar y se excusó con un gran dolor de cabeza.

Mandó al contralor de la Reina que á las ocho de la mañana siguiente tuviese dispuestos dos coches de las Reales Caballerizas, y á tal hora entraron en una ella, su nuera doña Juana de Velasco, doña Isabel de Ledesma y otra criada, y en el otro, tres criados con el Secretario Navarrete, y sin ruido ninguno penetraron en Loeches. El miércoles y jueves siguientes le enviaron de Palacio sus demás criadas, ropas y algunos muebles.

Allí vino á juntárseles el desterrado de Zaragoza. Pero como por los mismos días llegaron noticias de hallarse enfermo el Conde-Duque con erisipela y tres veces sangrado, se les mandó ir

á Toro á hacerle compañía y asistirle en su dolencia.

Era á mediados de Noviembre (lunes 16) y el invierno se anticipaba riguroso y ceñudo cuando los proscritos comenzaron su triste jornada. Al intentar el paso del Guadarrama estuvieron á pique de perecer todos á causa de la nieve y tempestades que se les vinieron encima. Se heló un paje y se baldó un capellán de la Condesa, y don Enrique tuvo que retroceder con su mujer sin atreverse á llegar al puerto.

Tampoco lo pudo travesar la Condesa, que se refugió en El Escorial, donde así ella como sus damas llegaron arrecidas, tanto que hubo que envolverlas en sábanas empapadas en vino hervido para que volviesen al natural calor.

Dos días más tarde con mayores recursos y hombres que les fuesen abriendo camino pudieron cruzar la sierra; pero aquella noche hubo necesidad de que calentara la cama de la Condesa un criado de los inferiores acostándose antes en ella.

Al fin llegaron al lado del Conde-Duque, cuya salud iba decayendo velozmente no obstante los esfuerzos de su voluntad poderosa y lo tranquilo de su vida.

A principios de Abril de 1644 volvió á sufrir otro insulto del mal con erupción en la piel que no pudieron extirpar del todo las repetidas sangrías doctorales. Pidió venir á Loeches por creer que los aires madrileños ó de sus cercanías eran

más saludables; pero el Rey le envió á decir que tan buenos eran los de Toro para su dolencia y que procurase sanar lo primero.

En Toro había montado su casa con holgura si no con la opulencia antigua, expendiendo en ello, sin contar los gastos de caballeriza ni los sueldos de criados, dos mil ducados mensuales.

Cayendo y levantando pasó el resto del año 1644. Tuvo un contento grandísimo al conocer la preñez de su nuera, esperando ver antes de morir asegurada su descendencia. Pero en el mes de Julio de 1645 agraváronse sus padecimientos, comenzando por una hinchazón de miembros á que se unieron otras señales que los médicos apreciaron como de tabardillo, ó sea lo que hoy se llama fiebre tifoidea, aunque quizá no lo fuese (1).

Arreció el mal con rapidez, y el martes 18 se trató de administrarle los Sacramentos, que hubo que suspender por haberle acometido un delirio furioso. Asistiéronle desde el principio de su enfermedad tres médicos, que fueron: el doctor Cipriano de Maroja, catedrático de Valladolid; el doctor Lázaro de la Fuente y el doctor Francisco de Medina.

Al día siguiente recobró el juicio porque, acer-

(1) Estos pormenores, hasta hoy desconocidos, sobre los últimos momentos de Olivares están tomados del *Memorial ajustado* de uno de los pleitos que litigaron sus herederos.

cándose á las cuatro de la mañana al lecho el doctor Medina que le velaba, reparó en él el Conde-Duque, y le dijo:

—¿Qué hace acá?

Respondióle el doctor que le estaba asistiendo en una enfermedad, y que lo más grave era haber padecido su excelencia un enajenamiento de la razón con peligro de la vida. A esto replicó el Conde que “los médicos eran grandes hazañeros”, y le preguntó:

—¿Está abierto el cuarto de la Condesa?

—Sí—respondió el médico.

—Pues entre y diga cómo estoy.

Retirábase el médico para tomar en su aposento una valona y su ferreruelo y, reparándolo el Conde, le dijo:

—¿Dónde va por ahí?

Y, habiendo oído la respuesta, agregó:

—Entre como está y diga que yo se lo mando.

Volvió luego hecho el recado y Olivares prosiguió diciendo:

—Y ahora ¿qué han de hacer?

—Llamar á los demás médicos que asisten á vuestra excelencia —respondió Medina—, que si por mí sólo fuera no hiciera más que suplicarle tratase de confesar y comulgar y disponer sus cosas antes de otra diligencia.

El Conde sacó la mano y, tomando la del doctor, le dijo:

—No en balde le quiero yo bien, porque le tengo por hombre de bien y buen médico.

Añadió que lo experimentaba en decirle la verdad y desengañarle, y mandóle que llamase á su mujer con quien tenía que tratar sus disposiciones.

Salió la Condesa y, habiéndole preguntado cómo estaba, el Conde le tomó la mano derecha y, besándosela, le dijo:

—Mi señora. Bendita sea la misericordia de Dios que tal día me ha dado. Hágame llamar al padre Ripalda para confesarme y un escribano para hacer la disposición que he de hacer conforme sabe, mi señora.

La Condesa le propuso un escribano llamado García; pero el Conde le dijo que no se llamase sino á Bernardino de Benavides, que era su conocido y amigo, y que su administrador don Diego de Llamazares sabía que le había enviado á llamar ya ocho días antes para aquello mismo.

Entró el padre Ripalda y luego el doctor Marroja, pidiéndole permiso el doctor Medina para recogerse á descansar, pues no se había desnudado el día anterior.

Estaba también presente su hijo don Enrique; y como el administrador Llamazares preguntase si llamarían á la Marquesa de Mairena y le respondiese con algún enfado don Enrique:

—¡Ea, señor don Diego! ¿Para qué quiere ahora á la Marquesa?

Le replicó el Conde-Duque:

—Calla, hijo mío, que este mozo es mozo de buena ley. Venga y vengan todos para que me:

ayuden á dar gracias á Dios de la merced que me ha hecho en el día de hoy.

El escribano se acercó al lecho y, habiéndole preguntado si quería hacer testamento, declaró no tener fuerzas para ello; pero que otorgaría poder para que, en su nombre, lo hiciese la Condesa según las instrucciones que le tenía comunicadas, á quien nombró por heredera, y por testamentarios al Cardenal Borja, al Duque de Medina de las Torres, al Condestable de Castilla, á don Luis de Haro, á José González y otros.

Llegado á firmar no pudo escribir más que la letra Y, que era la cifra que acostumbraba á poner como inicial del nombre de la Condesa. Y, mostrándose afligido de su impotencia, el escribano le dijo:

—No le dé cuidado á vuexcelencia, que para mí basta con lo hecho.

—¡Oh qué bien lo entiende! ¡A buen seguro!
—contestó él.

Y añadió:

—Yo, cuando estaba en Salamanca y era Rector...

Y dejó sin acabar el pensamiento. Acrecería la imposibilidad de firmar el estar el Conde Duque recostado entonces sobre el brazo derecho, que tenía con vendas por haberle sangrado los médicos el día antes.

Habíase ya confesado, y cuando le avisaron que llegaba el Viático hizo que Llamazares trajese una imagen de bulto de la Virgen que había en

el oratorio de su mujer. Y, puesta sobre el altar ya preparado, dijo á su administrador:

—Corre ese biombo.

Por uno que le impedía la vista. Pudo á duras penas incorporarse algo, y después de decir: “¡Dios te salve, hija de Dios padre!”, cayó pesadamente sobre las almohadas. Al entrar el Sacramento logró enderezarse de nuevo y, dándose muchos golpes en el pecho con la mano derecha, dijo: “Señor, pequé; habed misericordia de mí.” Díjole el sacerdote que para mayor puridad repitiese con él devotamente la confesión, y el Conde repuso:

—Señor cura: vuesamerced me la deje decir á mí solo, y si errare me enmiende.

Y la rezó en latín sin equivocarse, y luego el Credo y las preguntas. Recibió la Hostia vertiendo lágrimas y pidió la Extremaunción con gran sosiego.

Dióle la Comunión el párroco de la Trinidad Licenciado Tomás de Mansilla, y estuvieron presentes los dominicos Fray Pedro Rodríguez, Fray Alonso de Salamanca, Fray Bartolomé Díaz y Fray Francisco de Isunza con Fray Juan de Jesús María, Definidor general de los Carmelitas Descalzos; el franciscano Fray Antonio de Paz y su confesor el jesuíta padre Juan Martínez de Ripalda.

Agradeció al prior de San Ildefonso, allí presente, que hubiese hecho rezar en su convento una *Salve* y un *Te Deum laudamus*, y luego co-

mió quietamente en presencia de muchas personas y criados, á quienes daba á besar la mano, negándosele á los eclesiásticos que se la pedían, sino que les echaba los brazos.

Llegó también su nuera, á quien reprendió con cariño no haberle venido á ver antes, y comió algo de un plato que le traía, y dejándolo pronto le pidió la Marquesa que por amor de ella comiese otros dos bocados, á que respondió el Conde:

—¿Qué no haré yo por vueseñoría?

Y prosiguió en comer, aunque poco. Llamazares le preguntó:

—¿Comería vuexcelencia un poco de trucha de las que mi madre me suele enviar?

—Sí, hijo; por ser de tu madre, que siempre me han sabido muy bien.

Díjole la Condesa que comiese un poco de jigote por vida de Su Majestad, á que respondió el Conde:

—Sí, haré, señora. Pero no me jure vuexcelencia esa vida otra vez.

Y comió del jigote. Preguntóle luego si el embarazo de su nuera iba bien, y diciéndole que sí, agregó:

—Hágala entrar allá dentro, mi señora, porque no le haga mal al preñado el verme así.

Con lo que se retiró la Marquesa.

Continuó hablando con el prior de los Carmelitas, el de San Ildefonso y Fray Juan de Santo Tomás, que también se hallaba presente. Asistíanle las camareras de la Condesa doña Jerónima

de Mendoza, Isabel Delgado y doña Catalina de Olivares.

A la una de la tarde le sobrevino el letargo y delirio, de que ya no volvió en los dos días que aún tuvo vida, y expiró al amanecer del 22 de Julio, día de la Magdalena.

Muy extraño parece que si los médicos conocieron que el mal de Olivares era tabardillo, le consintiesen comer de un modo que indudablemente anticiparía su muerte.

Abrieron el mismo día el cadáver para embalsamarle. Los médicos demostraron sorpresa al extraer el corazón, cuyo tamaño dijeron ser el mayor que habían visto.

Vistiéronle calzón y ropilla de tela nacarada y oro; botas blancas y espuelas doradas; guantes bordados, sombrero blanco con plumas leonadas; manto capitular de Alcántara y bastón de general. Sobre un paño de brocado y en una cama con dosel en la sala de Palacio estuvo expuesto todo el día 24, y á las doce de la noche le llevaron á la iglesia de San Ildefonso en caja de terciopelo negro con galones de oro y clavazón dorada, y le pusieron en la misma tribuna donde oía misa, que descolgaron de las telas ricas para vestirla con bayetas negras. Día y noche guardaban el cuerpo dos criados con capuces y hachas amarillas en las manos, y cuatro religiosos en la parte exterior de la tribuna. Incesantemente se dijeron misas y responsos en los días que permaneció en Toro.

Como había dispuesto que se le sepultara en el convento de Dominicas de Loeches, fundación suya, al tratar la Condesa de ponerlo en acto lo contradijo el Corregidor de Toro, escudándose tras la orden recibida cuando el destierro de que no dejase salir á Olivares de la ciudad. Hubo que esperar la licencia del Rey que disipase el necio escrúpulo del Corregidor; y la Condesa, para disponer el enterramiento, vino antes á Loeches, donde se hallaba el 5 de Agosto.

Con bastante prisa caminaron los que traían el cadáver, acompañado por numeroso cortejo de clérigos y seglares, llegando á Madrid el 9 siguiente. Depositáronlo, encerrado en un nuevo féretro de veinticuatro arrobas de peso, en la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat en espera de que el Marqués de la Puebla trajese los restos de doña María de Guzmán que desde 1631 estaban en el convento de Santo Tomás, en la calle de Atocha, para conducirlos con los de su padre á Loeches.

Este día cuajó sobre Madrid una tempestad furiosísima, de las más violentas que se habían visto, al decir de los gaceteros del tiempo. Cayó un rayo en la torre de la casa del Embajador de Alemania, uno de los instigadores del destierro de Olivares, y quemó parte de ella; otro cerca de la iglesia de San Pedro y otros dos en distintos lugares. Al día siguiente se llevaron á Loeches los cuerpos con asistencia de gran número de parientes y amigos.

Repitióse la tormenta con la misma furia, y el público hacía glosas y comentarios harto contradictorios, mientras que los muchachos decían que el Conde-Duque se andaba paseando por el campo de Santa Bárbara en un coche de fuego.

La herencia de Olivares fué motivo de grandes y reñidos pleitos sustentados por don Luis Méndez de Haro, que aspiraba á recogerla toda entera, y la Condesa-Duquesa, que reveló en esta lucha desigual un carácter varonil y una firmeza tan grande en defender y sostener la voluntad de su difunto marido, que puso asombro en los que la presenciaron. Logró, como heredera, la tenuta y posesión de los bienes libres que no pertenecían á don Enrique de Guzmán, á quien igualmente sosuvo y amparó con su viril energía.

Porque este hombre, juguete de la fortuna, estaba también condenado á próxima muerte. Arruinada su salud, que nunca había sido muy cabal, hizo presa en su pecho la garra de la tisis y falleció en Loeches en medio de continuos vómitos de sangre á mediados de Junio de 1646.

Dejó un niño de escasos cinco meses, á quien se designó desde entonces con los nombres de don Gaspar de Guzmán y Velasco, Duque de Sanlúcar y Marqués de Mairena. Acogióle bajo de su amparo la vieja Condesa de Olivares, y aprestóse á reñir nuevos litigios con el poderoso Ministro y aun con los representantes de otras ramas legítimas del Conde-Duque que intentaban despojar al pobre huérfano de su rica herencia.

Pero si no el ánimo, decayeron pronto las fuerzas de la vieja Condesa y, sintiéndose morir, hizo que antes celebrasen esponsales de futuro entre el nieto de su marido y una niña nieta del Marqués de Leganés, primo del Conde-Duque y hombre poderoso, á fin de comprometerlo en la defensa de aquellos intereses.

Ante su lecho de muerte celebráronse las vistas en que el novio, de poco más de año y medio, dió á su novia de siete meses de edad preciosísimas joyas, todas las que la Condesa había juntado en su largo favor de veintidós años.

E hizo más aún. Previendo las dificultades con que tropezaría el tutor de su nieto, porque don Luis de Haro y el Duque de Medina pedirían, desde luego, la posesión de los bienes que ella tenía por herencia de su marido, la víspera de su muerte otorgó un documento en que cedía al niño el usufructo para que, según las leyes, entrase desde luego en posesión de ellos.

Y satisfecha de haber pugnado cuanto en su mano estuvo por que la voluntad de su esposo fuese cumplida, cerró blandamente los ojos el día 10 de Septiembre de 1647.

Lleváronla á sepultar á Loeches al lado de aquél y de su hija, y acompañaron su cadáver los Marqueses de Leganés y el de Tarazona su hijo; el de Loriana y el Conde de Grajal de Campos.

Pero toda esta fábrica la deshizo la muerte con su soplo. El 27 de Febrero del año siguiente ex-

piraba el último vástago del poderoso Conde-Duque; y, ¡coincidencia extraordinaria!, á las cinco de la mañana fallecía el niño Gaspar y á la tarde del mismo día la niña destinada á ser esposa suya.

Réstanos decir algunas palabras sobre la suerte futura de la mujer del hijo del Conde-Duque.

Casóse segunda vez en 1648 con don Alonso Melchor Téllez-Girón, señor de Galve, hijo del Conde de la Puebla de Montalbán, que á los dos años la dejó viuda, siendo él de solos treinta de edad y viudo también de otras dos mujeres.

Doña Juana pasó á terceras nupcias en 1651 con el séptimo Marqués de Alcañices don Juan Enriquez de Almansa. Esta unión duró veinticuatro años, y, nuevamente viuda, doña Juana de Velasco falleció de sesenta y dos en el de 1688, dejando por hijos al Duque de Uceda, al Marqués de Alcañices y á la Condesa de Oropesa.





INDICE

Capítulo I.	La misa de la Victoria.. . . .	5
Cap. II.	En la casa de conversación. . . .	35
Cap. III.	Dudas y consejos.	49
Cap. IV.	Noche toledana.	63
Cap. V.	El corazón de dos mundos. . . .	83
Cap. VI.	Sorpresas.	109
Cap. VII.	Amor y devoción.	139
Cap. VIII.	Corrales y comediantes.	151
Cap. IX.	Amor y arte.	173
Cap. X.	Intriga.	189
Cap. XI.	Anagnórisis.	199
Cap. XII.	Incertidumbres.	215
Cap. XIII.	Los amores de don Lope.	233
Cap. XIV.	Petición y desaire.	247
Cap. XV.	El duelo.	267
Cap. XVI.	Palabra devuelta.. . . .	279
Cap. XVII.	Peripecia.	293
Cap. XVIII.	Tribulación.	307
Cap. XIX.	Desengaños.	321
Cap. XX.	El hijo del Conde-Duque.. . . .	333
Cap. XXI.	El regreso.	357
Cap. XXII.	Desenlaces.. . . .	377
Cap. XXIII.	Conclusión.	393

Obras de D. Emilio Cotarelo y Mori.

- EL CONDE DE VILLAMEDIANA. *Estudio biográfico y crítico con varias poesías del mismo*. Madrid, 1886, en 4.º, 6 ptas.
- TIRSO DE MOLINA. *Investigaciones bio-bibliográficas*. Madrid, 1893, en 8.º, 3 ptas.
- VIDA Y OBRAS DE DON ENRIQUE DE VILLENA. Madrid, 1896, en 8.º, 2 ptas.
- Estudios sobre la historia del arte escénico en España*.
- I. MARÍA LADVENAT Y QUIRANTE, *primera dama de los teatros de la corte*. Madrid, 1896, en 8.º, 2 ptas.
- Estudios sobre la historia del arte escénico en España*.
- II. MARÍA DEL ROSARIO FERNÁNDEZ (*la Tirana*). Madrid, 1897, en 8.º, 3 ptas.
- IRIARTE Y SU ÉPOCA. *Obra premiada en público certamen por la Real Academia Española é impresa á sus expensas*. Madrid, 1897, en 4.º mayor, 15 ptas.
- El supuesto libro de LAS QUERELLAS del Rey Don Alfonso el Sabio*. Madrid, 1898, en 4.º (Agotado.)
- Discurso de ingreso en la Real Academia Española*. Sobre las imitaciones castellanas del *Quijote*. (No se ha puesto á la venta.)
- DON RAMÓN DE LA CRUZ Y SUS OBRAS. *Ensayo biográfico y bibliográfico*. Madrid, 1899, en 4.º, 20 ptas.
- CANCIONERO DE ANTÓN DE MONTORO (*el Ropero de Córdoba*), poeta del siglo xv, publicado por primera vez, con prólogo y notas. Madrid, 1900, en 8.º, 4 ptas.
- JUAN DEL ENCINA y los orígenes del teatro español. Madrid, 1901, en 8.º, 1 pta.
- Estudios de historia literaria de España*. Madrid, 1901, en 8.º, 6 ptas.
- Cancionero inédito de JUAN ALVAREZ GATO*, poeta madrileño del siglo xv. Madrid, 1901, en 8.º, 2 ptas.
- Lazarillo de Manzanares*. Novela española del siglo xvii, de JUAN CORTÉS DE TOLOSA. Reimpresión y notas. Madrid, 1901, en 8.º, 2 ptas.
- Comedia de Sepúlveda* (del siglo xvi). Ahora por primera vez publicada, con advertencias y notas. Madrid, 1901, en 8.º, 2 ptas.
- Estudios sobre la historia del arte escénico en España*.
- III. ISIDORO MÁIQUEZ y el teatro de su tiempo. Madrid, 1902, en 8.º, 6 ptas.
- El primer auto sacramental del teatro español y noticia de su autor* EL BACHILLER HERNÁN LÓPEZ DE YANGUAS. Madrid, 1902, en 4.º, 1 pta.

El supuesto casamiento de Almanzor con una hija de Bernardo II. Madrid, 1903, en 4.º, 1 pta.

Las armas de los Girones. Madrid, 1903, en 4.º, 1 pta.

Teatro español del siglo xvi. Catálogo de piezas impresas y no conocidas hasta el presente. Madrid, 1903, 8.º, 1 pta.

Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España. Obra premiada por la Biblioteca Nacional. Madrid, 1904, en 4.º mayor, 10 ptas.

Efemérides cervantinas, ó sea resumen cronológico de la vida de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. Madrid, 1905, en 8.º, 5 ptas.

Colección selecta de antiguas novelas españolas. Con introducciones, biografías y notas. Van publicados 12 tomos, á 3 ptas.

Examen de una conferencia acerca de Tirso de Molina. Madrid, 1906, en 8.º, 0,25 ptas.

Comedias de TIRSO DE MOLINA (en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles). Madrid, 1906 y 1908. Dos vols. en 4.º

Los grandes calígrafos españoles. I. LOS MORANTES. Madrid, 1906, en 8.º, 2 ptas.

Sobre el origen y desarrollo de la leyenda de los Amantes de Teruel. 2.ª edición, Madrid, 1907, 1 pta.

Vida y obras de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo. (En la *Colección de Escritores Castellanos*, tomo 128. Madrid, 1907.)

DON JUAN DE ESPINA. Madrid, 1908, en 8.º, 1 pta.

Migajas del ingenio. Madrid, 1908, en 8.º, 3 ptas.

Obras de Lope de Rueda. Madrid, 1908, en 8.º. Dos volúmenes, 7 ptas. (Edición de la Academia Española.)

Fonología española. Madrid, 1909, en 8.º, 3 ptas.

Satisfacción á la Academia Española. Madrid, 1909, en 8.º

Sobre el "Le" y el "La". Cuestión gramatical. Madrid, 1910, en 8.º, 2 ptas.

Bosquejo histórico del Entremés, la Loa, el Baile, la Jácara y demás piezas intermedias en el teatro del siglo xvii. (En la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*. Madrid, 1911, en 4.º)

DON FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA. *Noticias biográficas y bibliográficas.* Madrid, 1911, 4 ptas.

Diccionario biográfico y bibliográfico de Calígrafos españoles. Obra premiada por la Biblioteca Nacional. (Para publicar á expensas del Estado.)

Herenio. Novela histórica. Madrid, 1912, 3 ptas.

Véndense en la librería de D. Gabriel Molina. Travesía del Arenal, 1.

EMILIO
CUTARELO
Y MORA

EL HIJO
DEL
CONDE DUQUE

NOVELA
HISTÓRICA

PRECIO:
3 pesetas.

G 43578